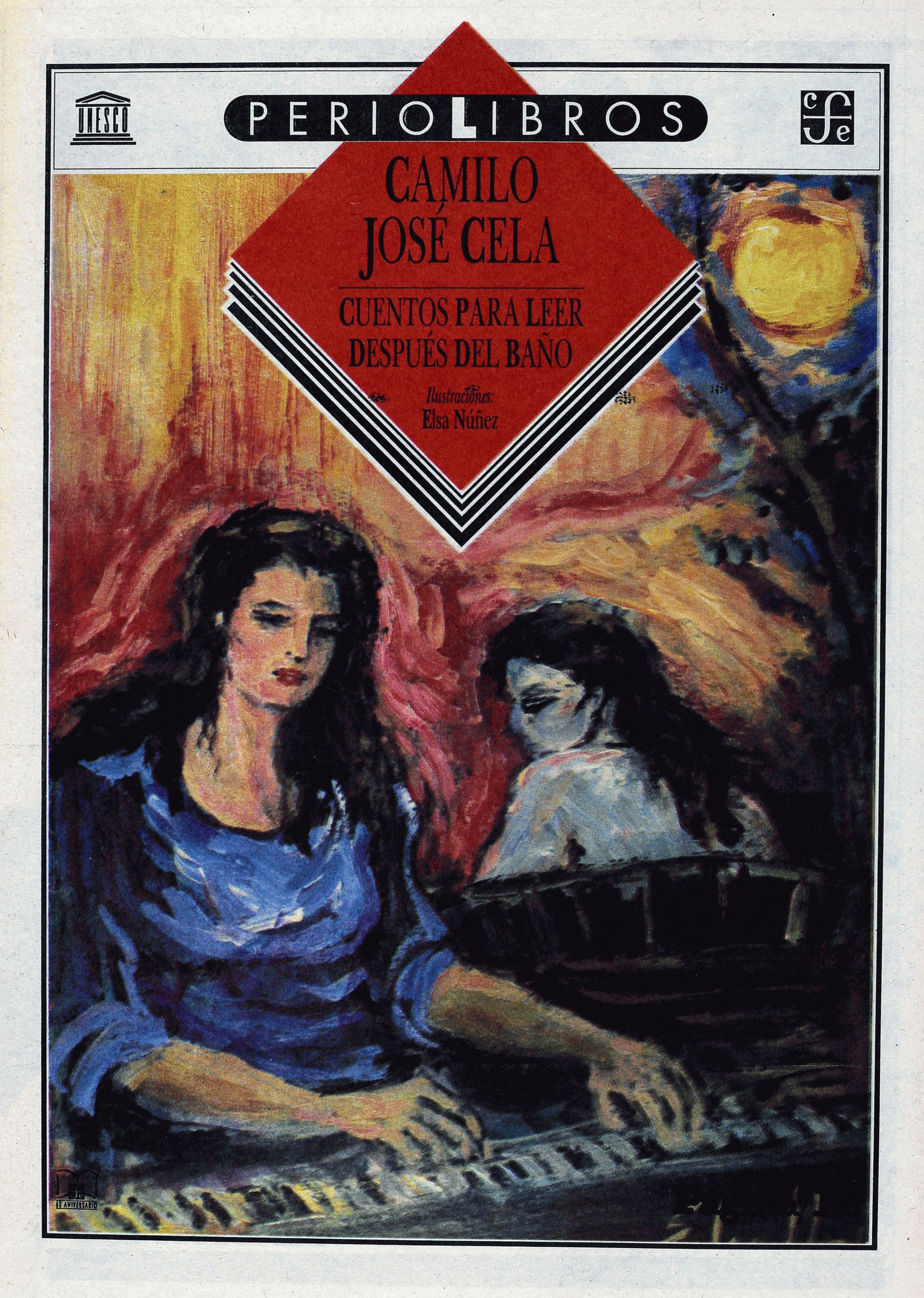

UNESCO
PERIOLIBROS
cfe
CAMILO
JOSÉ CELA
CUENTOS PARA LEER
DESPUÉS DEL BAÑO
Ilustraciones:
Elsa Núñez

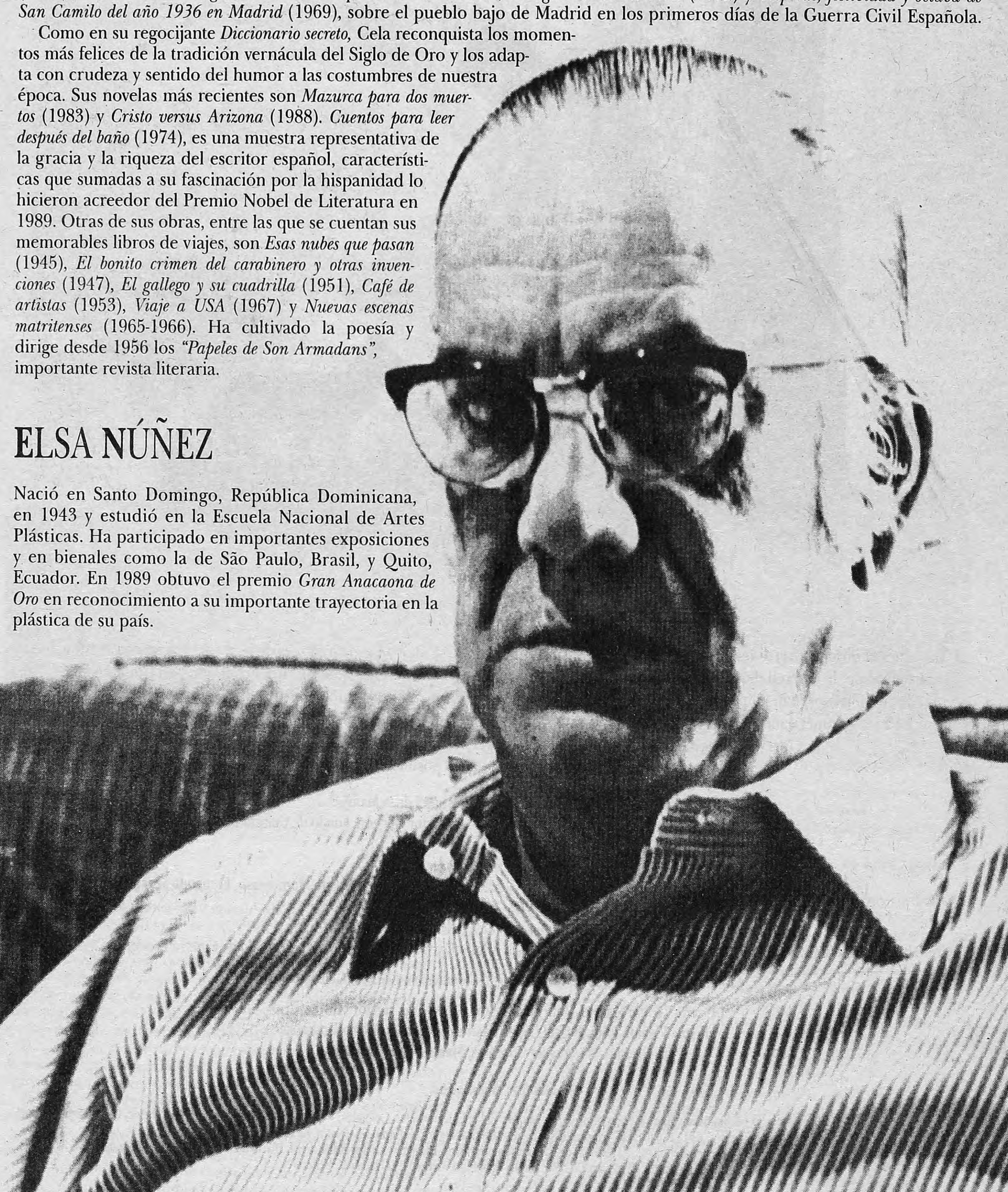
CAMILO JOSÉ CELA

Camilo José Cela nació en El Padrón, La Coruña, en 1916. Hijo de madre inglesa, se dio a conocer con *La familia de Pascual Duarte* (1942), novela que relata sin complacencia la vida criminal de un campesino extremeño. Desde entonces –y con el éxito de *La colmena* en 1951–, novelas y cuentos de Cela son una celebración picaresca del cuerpo y el lenguaje a través de los diversos estratos de la sociedad española. Célebre por su derroche verbal y por su tratamiento satírico del erotismo hispánico, Cela es autor de *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes* (1944), *Mrs. Caldwell habla con su hijo* (1953), *La Catira* (1955), donde utiliza magistralmente el español de Venezuela, *Tobogán de hambrientos* (1962) y *Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid* (1969), sobre el pueblo bajo de Madrid en los primeros días de la Guerra Civil Española.

Como en su regocijante *Diccionario secreto,* Cela reconquista los momentos más felices de la tradición vernácula del Siglo de Oro y los adapta con crudeza y sentido del humor a las costumbres de nuestra época. Sus novelas más recientes son *Mazurca para dos muertos* (1983) y *Cristo versus Arizona* (1988). *Cuentos para leer después del baño* (1974), es una muestra representativa de la gracia y la riqueza del escritor español, características que sumadas a su fascinación por la hispanidad lo hicieron acreedor del Premio Nobel de Literatura en 1989. Otras de sus obras, entre las que se cuentan sus memorables libros de viajes, son *Esas nubes que pasan* (1945), *El bonito crimen del carabinero y otras invenciones* (1947), *El gallego y su cuadrilla* (1951), *Café de artistas* (1953), *Viaje a USA* (1967) y *Nuevas escenas matritenses* (1965-1966). Ha cultivado la poesía y dirige desde 1956 los *"Papeles de Son Armadans"*, importante revista literaria.

ELSA NÚÑEZ

Nació en Santo Domingo, República Dominicana, en 1943 y estudió en la Escuela Nacional de Artes Plásticas. Ha participado en importantes exposiciones y en bienales como la de São Paulo, Brasil, y Quito, Ecuador. En 1989 obtuvo el premio *Gran Anacaona de Oro* en reconocimiento a su importante trayectoria en la plástica de su país.





Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario ("El Periolibro"), en manos de millones de lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importante en beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

Federico Mayor
Director General, UNESCO

Miguel de la Madrid
Director General, Fondo de Cultura Económica

Consejo Asesor
Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater

Dirección Colegiada
Germán Carnero Roqué, Representante de UNESCO en México / **Adolfo Castañón**, Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica

Coordinador General **Manuel Scorza Hoyle** / *Coordinadora Editorial* **Gabriela Vallejo**

Asesoría Técnica **Manuel Manrique Castro** / *Promoción* **Héctor Murillo Cruz**
Diseño **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / *Formación* **Alejandro Valles**
Supervisión **Ma. Ángela González, Manuel Nava Labastida**

Diarios Asociados

Página/12, Argentina; **Presencia**, Bolivia; **O Globo**, Brasil; **Sport & Show**, Canadá; **La Nación**, Chile; **El Espectador**, Colombia; **La Nación**, Costa Rica; **Juventud Rebelde**, Cuba; **Hoy**, Ecuador; **La Prensa Gráfica**, El Salvador; **ABC**, España; **El Periódico USA**, Estados Unidos; **Siglo Veintiuno**, Guatemala; **La Prensa**, Honduras; **Aurora**, Israel; **Organización Editorial Mexicana**, México; **La Prensa**, Nicaragua; **La Estrella de Panamá**, Panamá; **Hoy**, Paraguay; **La República**, Perú; **Diário de Notícias**, Portugal; **Diálogo**, Puerto Rico; **Listín Diario**, República Dominicana; **La República**, Uruguay; **El Nacional**, Venezuela.

Periolibros: Apartado Postal 20-012, Col. San Ángel, C.P. 01001, México D.F.
Periolibros es producido y está registrado en la ciudad de México / Impreso en Argentina / Agosto de 1994

CUENTOS PARA LEER DESPUÉS DEL BAÑO



♦ DON ANSELMO ♦

I

Don Anselmo, ya viejo, me lo contó una noche de diciembre de 1935, poco más de un mes antes de su muerte, en el Club de Regatas.

Era una noche lluviosa y fría, y en el club no quedábamos sino don Marcelino, don David, don Anselmo y yo.

Don Marcelino y don David jugaban lentamente su interminable y cotidiana partida de chapó; la partida la ganaba, como siempre, don David, y don Marcelino, como siempre también, todas las noches, al ponerse el abrigo, exclamaba resignadamente:

—No sé lo que me pasa esta noche; pero estoy flojo, muy flojo...

Después acababa de sorber su copita de anís, se calaba su gorrilla de marino, empuñaba el bastón y se marchaba, arrimadito a la acera y tosiendo todo el camino, hasta su casa.

Don Marcelino tuvo la mala ocurrencia de venirse a Madrid en mayo de 1936.

—Por la primavera, Madrid es muy agradable —decía a los amigos—, y además..., las cosas hay que cuidarlas...

Los amigos nunca supieron cuáles eran las cosas que don Marcelino tenía que cuidar en la capital, pero todos encontraban edificante el celo que demostraba por sus asuntos.

—Sí, sí, don Marcelino; no hay duda: *el ojo del amo engorda el caballo...* —decían unos—. *El que tenga tienda, que la atienda.*

Y todos se sentían satisfechos con la sonrisa de agradecimiento que don Marcelino les dedicaba.

¡Pobre don Marcelino! Al año, o poco más, de haber llegado a Madrid, se murió, sabe Dios si de hambre, si de miedo...

La noticia llegó hasta el pueblo, al principio confusa y contradictoria; después confirmada por los que iban llegando, y don David, como si no esperase otra cosa para seguirle, se quedó una tarde como un pajarito, sentado en la butaca de mimbre desde donde contemplaba silencioso el «violento dominó de los jóvenes», como sentenciosamente —durante tantos años— llamaba a la partida que, después del almuerzo, se celebraba en el bar del Club.

II

Don Anselmo estaba de confidencias aquella noche. No sé qué extraña sensación de confianza debía causarle mi persona, mas lo cierto es que me contaba cosas y cosas, interesantes y pintorescas, con una lentitud desesperante, cortando las frases y aun a veces las palabras de un modo caprichoso; pero incansablemente. Como incansablemente caían las gotitas de agua sobre el vaso de «baquelita» —última compra de don Anselmo, secretario del Club—, que estaba debajo del filtro, plateado y reluciente.

Don Anselmo entornaba sus ojos para hablar, y su expresión adquiría toda la dulzura y todo el interés de la faz de un viejo y retirado capitán de cargo, altivo y bonachón como un milenario patriarca celta...

III

Corría el 1910, y don Anselmo tenía, además de sus treinta y cinco juveniles años, un «atuendo de tierra», como él lo llamara, que era la envidia de los petimetres y la admiración de las pollitas de la época. Zapatos picudos de reluciente charol, botines grises –de un gris claro y brillante, como el mes de mayo en el mar del Norte, decía él–, pantalón listado de corte inglés; americana con cinturón y una gardenia perennemente posada sobre la breve solapa; cuello alto con corbata de nudo y un bombín café que manejaba con destreza y que obedecía al impulso que don Anselmo, siempre que entraba en algún sitio, le imprimía para que alcanzase algún saledizo: el paragüero del Club, la lámpara que tenía la fonda *La Concha* en el vestíbulo, rodeada de macetas y de sillas de mimbre; la cabeza de ciervo que tenía don Jorgito, el gerente del *The Workshop*, en el hall de su casa...

Don Anselmo hacía una inflexión en su voz para darme a conocer que introducía un nuevo inciso en su relato, y me hablaba de don Jorgito, a quien respetaba y admiraba, que ya por entonces llevaba una magnífica barba blanca y era todo corrección y buenos modos. Don Jorgito era un inglés apacible que hablaba el español con acento gallego y que vivía lo mejor que podía, preocupado de su mujer y de sus siete hijos; yo no le conocí, pero cuando afirmé haber sido compañero de colegio de un nieto suyo –en los Maristas de la calle del Cisne, de Madrid–, muchacho flacucho y antojadizo, mal acostumbrado a llevar siempre por delante su santa voluntad, tímido, pero con un orgullo sin límites, y que hoy, según creo, anda por ahí dedicado –¿cómo no?– a hacer sus pinitos literarios, don Anselmo se me quedó mirando alegremente, como si mi amistad con el nieto viniese a avalar todo su aserto, y terminó por confesarme –casi misteriosamente– que el mundo era un pañuelo.

Esto sirvió para que me explicase cómo en Melbourne había encontrado, tocando el acordeón por las calles, a un marinero, a quien desembarcó por ladrón en Valparaíso; pero me voy a saltar todo este nuevo inciso, porque, si no, iba a resultar demasiado diluido mi relato.

IV

Era la época de las fiestas del pueblo, y don Anselmo, con sus zapatos, su gardenia y su bombín, sonreía desde la terraza del Club –por entonces todavía joven, como él– a las tobilleras de amplias pamelas que pasaban camino de los puestos de la verbena callejera, y a algunas horas de la tarde, distinguida.

Después de tomar –*five o'clok*– su tacita de té (don Anselmo, ¡oh manes de don Jorgito!, tomaba todas las tardes *su tacita de té*) y de fumar su cigarrillo después de la tacita de té (la pipa de loza holandesa en aquel tiempo todavía no formaba parte de su atuendo de tierra), se unía al primer grupo que pasase y, entre bromas y veras, transcurría el resto de su tarde, alegre y honradamente, charlando con los amigos, inclinándose ante las encorsetadas mamás de las niñas, e invitando a éstas a todo lo que se les antojase, porque –dicho sea de paso– a don Anselmo no le faltaba ninguna tarde un duro decidido a hacerle quedar bien. Se montaba en el tiovivo –ellas, en los cerdos o en los automóviles; ellos, en los caballos–, se daba una vueltecita por el laberinto, se bebían gaseosas que ponían coloradas a las jovencitas, se jugaban algunos números a la tómbola, se tiraba al blanco...

Y así un día y otro día... Don Anselmo era la admiración de todos con sus buenos modales, su gesto siempre afable, su palabra siempre ágil y ocurrente. Si había que entretener a doña Lola –la mamá de Lolita, de Esperancita y de Tildita–, don Anselmo tiraba velozmente su real de bolos contra los grotescos muñecos. Si había que dar palique a doña Maruja –la mamá de Marujita, de Conchita, de Anita y de Sagrarito–, don Anselmo le hablaba de sus estancias en Londres o de su último viaje por los mares del Sur. Si había que distraer a doña Asunción –la mamá de Asuncionita, que era una monada de criatura–, don Anselmo era capaz hasta de meterse en el tubo de la risa...

V

Aquella tarde había una verdadera expectación en el pueblo. Entre don Knut –don Knut era el primer piloto de una bricbarca noruega, *La Cristianía*, anclada por aquellos días en la bahía, y amigo antiguo de don Anselmo– y don Anselmo se había concertado un singular desafío –una botella de *whisky*, de una parte, y una comilona de langosta, de la otra– para discernir cuál de los dos haría más blancos seguidos en la barraca del Dominicano, la misma que durante tantos años, y hasta que se murió, había sido regentada por Petra, la del guardia civil.

Cuando don Knut y don Anselmo aparecieron, charlando amigablemente, ante el puesto del dominicano, una multitud, casi abigarrada, les esperaba ya. Escogieron con lentitud sus escopetas; seleccionaron con más lentitud, si cabe, sus flechas: negras, las de don Knut; rojas, las de don Anselmo; echaron una moneda –una peseta– al aire, y empezaron a tirar: cinco tiros seguidos cada uno. Empezó don Anselmo, porque don Knut, cuando la peseta andaba por el aire, había dicho *caras –cruces* no lo sabía decir–, y no habían salido *caras*. Cinco tiros, cinco blancos. «Tira don Nú», gritaba el Dominicano, incorporándose y desclavando a una velocidad vertiginosa las cinco flechas rojas de don Anselmo. Don Knut tiró: cinco tiros, cinco blancos. «Tira don Anselmo», volvía a repetir el Dominicano al volver a desclavar las cinco flechas negras esta vez y de don Knut. Don Anselmo volvía a tirar y volvía a hacer cinco blancos; el Dominicano volvía a gritar; don Knut volvía a echarse la escopeta a la cara... «Cinco blancos»... El interés de la gente tenía ya sus salpicaduras de emoción; se llevaba tirando ya largo rato y don Knut y don Anselmo seguían a los treinta y cinco tiros desesperadamente pegados. «Tira don Anselmo», gritó el Dominicano; nadie sabe cómo fue: don Anselmo levantó la escopeta y tiró...; la flecha fue a clavarse en el ojo derecho del Dominicano; éste se llevó ambas manos a la cara sangrante; la gente rompió a gritar; las mujeres comenzaron a correr...

Don Anselmo tuvo que marcharse aquella misma noche del pueblo: «Un par de meses», le aconsejaban los amigos, y en *La Cristianía*, que marchaba con estaño de las Cíes para El Havre, se marchó, comentando con don Knut el desgraciado accidente.

Un marinero de la bricbarca llegó, aún no pasadas tres horas del percance, a casa de don Jorgito con un encargo de don Anselmo: un saquito de cuero con veinte duros dentro para el Dominicano.

En el pueblo, el rasgo de don Anselmo causó una feliz impresión, y cuando ya nadie se acordaba del ojo del Dominicano, todavía había alguien que sacaba a relucir los veinte duros de don Anselmo...

VI

Don Anselmo se marchó para dos meses, pero tardó ocho años en aparecer por el pueblo. De El Havre, donde lo desembarcó *La Cristianía*, salió para América, y allí, con sus apurillos al principio, pero ayudado por la guerra después, se fue abriendo camino y llegó a crearse una posición casi privilegiada.

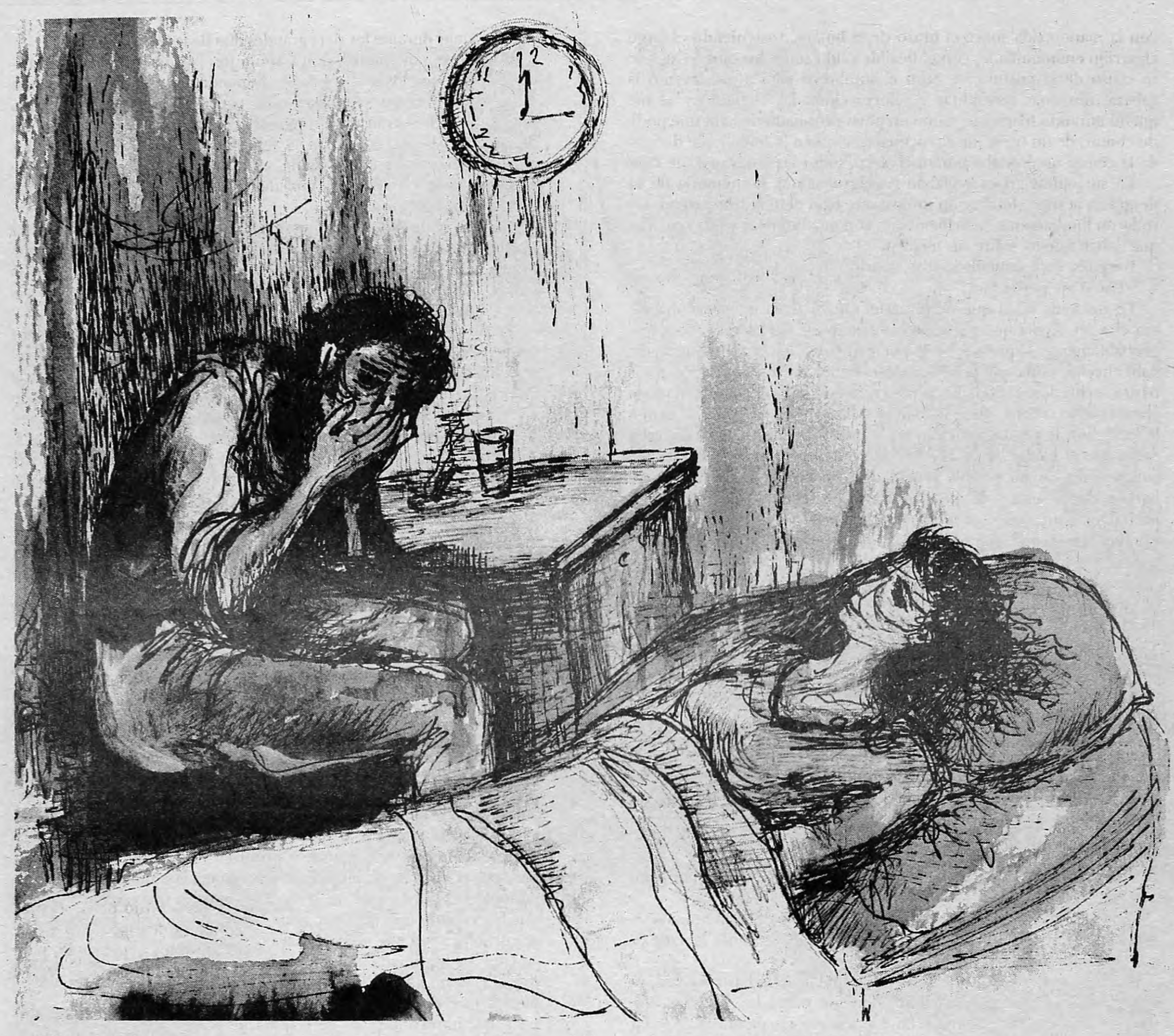
Cuando volvió para acá, venía gordo y moreno, casado con una señorita portorriqueña y acompañado de dos criadas negras, dos loros verdes y rojos y un acento antillano, dulzón y pesaroso como el calor del trópico: bagaje ultramarino.

Ya nadie se acordaba en el pueblo del Dominicano, que había levantado el ala con sus veinte duros, y don Anselmo volvió a ser otra vez, y con mayor intensidad que la vez primera –si esto fuera posible–, el motivo de todas las conversaciones. Don Jorgito estaba indignado, porque, según él, se le daba mayor importancia a don Anselmo que al Armisticio, que era mucho más fundamental...

A poco de llegar de nuevo a España, se le murió su mujer, la señorita portorriqueña, de un doble parto mal atendido (según don Anselmo), y como los males –según don Anselmo también– se dan cita para no aparecer solos, los dos loros amanecieron una mañana ferozmente asesinados por *Genoveva*, la gata de la fonda *La Concha*, y las dos negras –una detrás de la otra, pero muy seguiditas– se acatarraron y se murieron también; de suerte que don Anselmo volvió a quedarse tan solo como ocho años atrás.

Tuvo una pequeña época de murria, en la que apenas si hablaba y menos salía; pero como era hombre de entero carácter, pronto reaccionó y volvió a su vida de Club y de sociedad. De cuando en cuando daba alguna correría por los pueblos, o se acercaba hasta Vigo –o hasta Porto o hasta La Coruña, como algunas veces–, y cuando volvía se le notaba radiante y rejuvenecido; pero un día volvió mucho antes de lo acostumbrado en aquellas excursiones, se encerró en el Club y en un mutismo absoluto, y lo único que se le sacaba, después de mucho insistir, es que jamás volvería a abandonar el pueblo.

Nadie sabe lo que le pasó, porque a nadie –sino a mí, que a nadie lo dije– se lo dijo jamás; pero como don Anselmo ha desaparecido y lo acaecido no puede conducir sino a su mayor aprecio, me considero relevado de guardar secreto –que tampoco él me lo exigiera, que, si no, no lo haría por nada del mundo–, y autorizado para decir en breves palabras y para terminar mi relato lo que ocurrió.



VII

Don Anselmo había ido a Cesures. Había cenado, ya tarde, en el puerto, en Casa Castaño, y había cruzado después el puente, atraído por las luces, pocas ya, que quedaban al otro lado de él, y de las barracas de la fiesta del Patrón, que por aquella fecha y en aquel lugar se celebraba. La gente había marchado ya a dormir, y únicamente algún marinero semiborracho o algún pollito rezagado se entretenía en tirar al blanco o en intentar, desafortunadamente, colar los arillos por el cuello de la botella de sidra. De la ría salía un vaho húmedo y tibio que todo lo rodeaba, y las últimas voces de los puestos, anunciando su mercancía o su atracción, sonaban un poco tristes y cansinas, y recordaban –don Anselmo no sabía por qué– a las voces de los serenos de Santiago anunciando la lluvia y las dos de la mañana...

Don Anselmo, antes de irse a la cama, quiso entrar en todas las chabolas. Tiró un poco al blanco; vio la mujer barbuda; sacó una botella de sidra, que regaló, ante su pasmo, al dueño del puesto... Don Anselmo se aburría, y decidió visitar el último que le quedaba por ver: la caseta del hombre-fiera, que a grandes voces anunciaba una mujeruca al extremo de la doble calle de barracas. Pagó veinte céntimos –«preferencia»– y entró; no había nadie... Al poco rato se oyeron unos aullidos, e inmediatamente apareció –peludo y semidesnudo– el hombre-fiera, lanzándose contra los barrotes y comiendo carne cruda. Don Anselmo miró con detenimiento al hombre-fiera y se sobresaltó. El monstruo seguía dando saltos y aullando, y parecía hacer poco caso de don Anselmo. Don Anselmo no daba señales de querer marcharse... El hombre-fiera, cansado de haber estado dando saltos durante toda la noche, parecía que cedía en su fiereza...: se le quedó mirando y dejó de saltar; se apoyó con ambas manos en los barrotes, y miró con su único ojo –el izquierdo– a don Anselmo.

–¡Caramba, don Anselmo! ¡Qué gordo está usted!

Don Anselmo no sabía qué decir:

–¡Y buen color que le ha salido, sí señor!

Don Anselmo temblaba, y –propia confesión– lloró por primera vez en su vida, porque se averiguó que no eran tan malos los hombres como querían pintarlos. El hombre-fiera apareció por detrás de la cortinilla de cretona que servía de fondo a la jaula, y se sentó al lado de don Anselmo.

–Pues no sé lo que decirle; ya ve usted...

Don Anselmo tampoco sabía lo que decir; cogió las manos del hombre-fiera y las acarició. El hombre-fiera lloró también.

–Ya lo decía yo, don Anselmo. ¡No hay mal que por bien no venga!... Gano bastante más que antes, y... ¡ya ve usted: con tanta carne como como, qué buenas grasas estoy criando!...

Fuera, la niebla y el silencio lo confundían todo...

A don Anselmo se le empañaban los ojos al recordarlo.

♦ DON DAVID ♦

I

Don David se quedó muy abatido. Tan abatido como no le había visto nunca. A mí me remordía un poco la conciencia. ¡Pobre don David; con lo bueno que era! Don David no había sido mareante, como don Anselmo, ni buen vividor y hombre de recursos, como don Marcelino. Don David, tan mañosito, tan meticuloso, tan detallista en todo lo suyo, no había pasado de ser un ilusionado, un imaginativo, un hombre obstinado en vivir de espaldas a la realidad y a quien la realidad hubo de azotar tan despiadadamente, tan sin consideración, en las espaldas... ¡Él, que tantos proyectos tuvo y que tan pocos pudo ver realizados!

Don David estuvo un largo rato con la cabeza caída sobre el pecho,

con la mano caída sobre el brazo de la butaca, sosteniendo el largo cigarrillo emboquillado, con el flexible caído sobre los ojos... Cuando se cansó de la postura, se echó el sombrero para atrás, levantó la cabeza, dio unas menuditas y veloces chupadas al pitillo y se me quedó mirando fijamente, como un poco extrañado de haberme podido contar, de un tirón, sin preocuparse —¡quién lo hubiera de decir!— de la ceniza que rodaba por su chaleco, todas las cosas que me dijo.

En sus ojillos grises brillaban las lágrimas que la memoria de su desgracia le trajo; temblaron un instante bajo el nervioso parpadeo y rodaron limpiamente, sencillamente, con una limpieza y una sencillez que daban miedo, sobre sus mejillas.

Después, como disculpándose, sonrió:

—Usted me perdonará.

Yo no tenía nada que perdonarle. Quien tenía que perdonarme era él a mí. Tenía que perdonarme el haberle hecho caso, cosa que probablemente —¡quién sabe si por caridad!— hacía años que nadie había hecho; tenía que perdonarme el haber prestado atención a sus tristes recuerdos; el no haberle interrumpido, el no haber desviado la conversación... Pero —¡qué le íbamos a hacer!— ya no había remedio; le hice caso, le presté atención, no le interrumpí... No pude hacerlo. Sabía que el hablar de lo que hablaba le hacía padecer; pero no me compensaba de mi posible crueldad el hecho de que también me hacía padecer a mí y de que don David lo notaba. ¡Sentía el pobre, probablemente, tanto consuelo en su pena al transmitírmela, aunque no fuese más que como lo hacía, en pequeñas porciones, como temeroso de herirme demasiado íntimamente con su tristeza!...

Don David se levantó. Dio unos paseítos por la sala, ya desierta, y se quedó mirando detenidamente, durante un largo rato, a través de los cuadrados cristales de la galería, hacia el mar oscuro y mudo como un muerto. ¡Sólo Dios sabe qué sombrías figuraciones le traerían las olas en su rodar aquella noche!...

Le propuse acompañarle hasta su casa, pero —cosa extraña en él, que rehuía la soledad— me rogó que no lo hiciese. Después me enteré que antes de irse a dormir, antes de meterse en la amplia cama de matrimonio —de caoba centenaria de la mejor, con incrustaciones de bronce—, que con tanto cariño había mandado traer de Inglaterra, de la casa «James Clark and Son», de Londres, se pasó por la barbería de Benjamín.

En la barbería de Benjamín se reunía todas las noches lo peor del pueblo a tocar la guitarra y a beber vino tinto. Cuando don David llegó, todos se pusieron en pie.

—¡Caramba, don David! ¡Tanto honor que nos hace! ¡Usted por aquí!

—Sentaos, sentaos...

—Pues ya lo ve el señorito don David... Por aquí nos ajuntamos todas las noches un rato, por eso de matar en compañía la fatiga... ¡Como somos pobres!...

Según cuentan, a don David tuvieron que llevarlo hasta su casa, ya muy metida la madrugada, completamente borracho... ¡Pobre don David, a sus años, tan mañosito, tan meticuloso, tan detallista en todas sus cosas, bebiendo para olvidar, como cualquier criada de servir, en aquel antro de la peluquería!

II

—Había sido la primera gran ilusión de mi vida —empezó a decirme don David—. Tenía veinticinco años... ¡dorada edad!...

Lo preparé todo con cuidado, como si tuviese miedo de que el más pequeño detalle mal cuidado me lo echara todo a rodar. Yo no soy supersticioso, pero... ¿por qué será que, en algunos momentos de mi vida, cuidé de las cosas como si temiera contrariarlas, como si temiera la desgracia que su contrariedad pudiera acarrearme? La cama la mandé a comprar a Inglaterra, a la casa «James Clark and Son», de Londres. Era grande, muy grande, y toda de caoba centenaria de la mejor, con una gran incrustación de bronce. ¡Si viese usted el cariño que puse en el encargo!... Los demás muebles los hice yo mismo; unos del todo, otros solamente el diseño. Mi pequeño taller de aficionado no tenía condiciones para que pudiera enfrentarme con muebles grandes, y aquellos con los que no me atrevía se los encargaba a Domínguez —usted habrá oído hablar de él a sus padres—, el afamado ebanista de Santiago.

Entre unas cosas y otras tardé cerca de un año. Yo siempre he sido muy cuidadoso, y la construcción de aquellos muebles que iban a ser —¡triste de mí!— testigos de mi felicidad terrena, distraía mis ocios y me compensaba en parte de la forzosa separación de ella. Ella estaba en Santiago, ¡ya ve usted, a cuarenta kilómetros!... ¡Pobre Matilde, cómo sufría con nuestra separación! Yo iba a verla los domingos en el *The West*, y volvía el lunes por la mañana, feliz y preocupado al mismo tiempo, trayendo de Santiago un pañuelito con su olor, unas violetas que tuvo posadas sobre el pecho como mariposillas sobre la flor, un mechoncito de su pelo castaño, cualquier cosa que sirviese para alimentar nuestro amor durante los siete grandes días de forzada ausencia...

¡Aquellos eran amores, don Camilo José! ¿Cómo quiere usted hacerme creer que los jóvenes de ahora pueden quererse con el mismo santo cariño con que se quisieron sus padres? No, imposible de todo punto. ¡Aquellos eran otros tiempos! Una mirada, una sonrisa, ¡no digamos un beso!, colmaban la felicidad del más exigente de los amantes. Hoy, ¡ya ve usted! ¿qué ilusión pueden tener esos jóvenes de ambos sexos que se pasan la mañana retozando medio en cueros por la arena de la playa?

Nuestra boda dio mucho que hablar en todo el partido. Mi pobre madre, que era una santa, se gastó conmigo sus ahorrillos, y la ceremonia hubo de ser la más lucida de todas las que se celebraron por la época. ¡Con decirle que hubo de ser comparada con la de María Berta, la hija de los marqueses de N...!

Yo no cabía en mí de gozo y, después de casado, estuve lo menos veinte días sin darme cuenta de nada, como si me hubieran sorbido el seso, sin ganas para trabajar, presa de una terrible y agotadora mezcla de preocupación y de alegría... Me pasaba las horas enteras pensando en Matilde y, aunque la tuviese delante y pudiese tocarla con la mano, prefería imaginármela hermética y distante como una gaviota o una lejana nube... Cuando iba por la calle sentía una gran satisfacción mirándome pasar —tan derechito como andaba entonces— reflejado en los cristales de las tiendas o en las lunas del Café Comercio, y cuando pasaba cerca de algún amigo que por distracción no me saludaba, le llamaba jovialmente la atención para evitarme el remordimiento de conciencia que me hubiera producido el no hacerle partícipe de mi alegría. ¡Así era yo entonces!

A las muchas cualidades que hube de observar en Matilde de soltera, añadí muchas más encontradas después de casados. Era buena, limpia, cariñosa, hacendosa. Administraba como una sabia y me cuidaba con regalo y con mimo. ¡Pobre Matilde, y qué pronto quiso Dios raptarla de este valle de lágrimas!

Un día, llevábamos cinco meses de casados, me puse a hacer una cuna. Revolví Roma con Santiago en busca de las mejores y más ligeras maderas y las trabajé con un celo y un orden como usted no puede figurarse. Tardé tres meses en terminar la carpintería; después la recubrí de organdí azul celeste y le puse, para tapar los botones del cuerpo, unas rosetas blancas y rosa que hizo Matilde...

El colchón también lo hice yo; mejor dicho, los dos colchones, porque tenía dos: uno grande y profundo de crin, y otro pequeño, para poner encima, de pluma... ¡Cómo escogí la pluma! Ahora me río pensando el trabajo que me costó. La pluma es una cosa que engaña mucho; cuando uno cree que tiene bastante y aun que le va a sobrar, se encuentra con que no tiene para la mitad.

Una vez terminada la cuna, y aunque todos los días añadía nuevos detalles, ya no había sino esperar. Al principio me impuse serenidad; pero a medida que el tiempo pasaba, llegué a tener tan poca, tan poca, que hasta dudé si no sería que Dios quería probarme. Para combatir la desazón que me invadía di en recortar, sobre una delgada tablilla que me había sobrado, dos anagramas con las dos únicas iniciales que lo esperado —no me haga usted decir *mi hijo*— podría tener: una «M» si hubiera sido niña; una «D» si Dios hubiera querido que fuera niño. La «M» la hice de letra inglesa, con una ramita cruzada. La «D» de letra gótica, apoyada sobre una corneta y un remo.

Era el año 18, de triste recuerdo para tantas familias gallegas. Matilde, en el octavo mes, cogió la gripe, aquella funesta gripe que llenó de dolor y de luto a tantos desgraciados hogares... Yo estaba sin sombra. Veía pasar los días, veía que mi mujer no mejoraba, veía que se acercaba el momento... ¡Fueron unos días terribles, amigo mío! No se puede usted figurar lo que sufría; parecía como si presintiese lo que iba a pasar, lo que pasó por fin, porque no tenía más remedio que pasar...

Yo estaba en la habitación de al lado. Estaba sentado en un sofá que, no sé por qué, me pareció en aquella ocasión desusadamente cómodo. Usted no se puede imaginar la cantidad de cosas que hube de pensar en aquellos momentos... Algunas no tenían nada que ver con todo aquello y a mí me entraba una gran preocupación por tenerlas...

Encendía los pitillos nerviosamente, unos detrás de los otros, y los tiraba no más que mediados contra el suelo y hasta contra las paredes. ¡Si mi madre me hubiese visto tirando las colillas al suelo! El reloj no se movía; lo miraba de vez en cuando, y lo más que había avanzado eran cinco minutos. Estaba en una terrible tensión. Don Alejandro, el médico, salía de vez en cuando y me decía siempre lo mismo:

—Ánimo, muchacho; la cosa no puede ir mejor.

Pero a mí no me tranquilizaban las palabras de don Alejandro.

Seguía fumando pitillos; seguían asaltándome ideas que me atormentaban... Me acuerdo que hubo un momento que me quedé mirando para el mar y que las olas me parecieron ataúdes...

Me interrumpió, al cabo de un rato más largo que los anteriores, don Alejandro con su voz tonante, que me llamaba. Me volví; don Alejandro estaba en medio de la habitación metiendo sus lentes en el es-



tuche... Cuando acabó, vino hacia mí, me puso una mano en el hombro y me dijo, casi cariñosamente:

—David..., ¡todavía eres joven!...

—¡No siga, don Alejandro!

—No quise saber nada más. Me encerré en el despacho, y mi hermano, el que era mayor que yo, el pobre Enrique, se ocupó de todo.

Le aseguro que en aquel momento, si hubiera fallado —¡quiso San José bendito que así no ocurriese!— mi fe en Dios sólo un instante, no hubiera sobrevivido mucho tiempo a la pobre Matilde.

Desde entonces anduve siempre un poco errante por mi casa. La cuna, de las mejores y más ligeras maderas que había por entonces, y en cuyo trabajo puse un celo y un orden como usted no puede figurarse, siguió estando vacía, y en la cama, de caoba centenaria de la mejor, con una gran incrustación de bronce que había mandado —¡no sabe usted con cuánto cariño!— traer de Inglaterra, de la casa «James Clark and Son», de Londres, sobraba la mitad...

♦ CATALINITA ♦

Catalinita llevaba varias horas al piano.

¡Toca esa vals,
toca esa vals,
toca esa vals...,
Pepita!

El candelabro saltaba, temeroso, y la cabeza de Beethoven, de escayola pintada de color de bronce, fruncía el ceño más de lo acostumbrado.

¡Toca esa vals,
toca esa vals,
que es mi única ilusión!

Catalinita decía siempre *esa vals.* ¡Hacía tan bien!

Era primavera, la estación en que Catalinita tenía puestas todas sus ilusiones, y los guisantes de olor que trepaban por el balcón y las violetas de las figuras del jardín aromaban con su olor toda la casa. Olía a violetas y a guisantes de olor en su alcoba, con su coqueta y su cama tan elegante que parecía una góndola; olía a violetas y a guisantes de olor en el recibidor, con su perchero, que –ella no sabía por qué– le daba tanto miedo; olía a violetas y a guisantes de olor en la salita, con sus pequeñas butacas forradas de crudillo; olía a violetas y a guisantes de olor en el comedor, con su trinchero francés que tenía un espejo ovalado; olía a violetas y a guisantes de olor hasta en el pasillo, que tenía acuarelas inglesas por las paredes, y en la escalera, con su pasamanos de terciopelo azul que terminaba en una hermosa bola con todos los colores del Iris...

El balcón estaba abierto, y a través de su reja, caprichosa y labrada como una mantilla, veíase la calle, con yerbitas entre las losas, sin aceras, con sus pequeñas casitas cubiertas de verdín, con sus altas casas de mayorazgo cubiertas de enredadera, como para presumir. Por encima de las casas, por encima de los tejados que subían y bajaban como un vals de Chopin en el pentagrama, en equilibrio, sin caerse, sin derramarse, estaba el mar, con sus azules que se perdían a la vista, con los humos de sus grandes vapores que el progreso parecía multiplicar, con sus pataches llenos de marineros que tan ordinarios son; el mar, con Inglaterra al otro lado, con sus acantilados inhóspitos como los que hay por la parte de San Pedro, con sus prados verdes a cuadraditos, como en Guísamo; el mar, por donde él, un día u otro, acabaría viniendo para hacerla suya...

Toca esa vals,
toca esa vals

Catalinita seguía cantando; le ruborizaban esos pensamientos...

¡Que es mi única ilusión!
¡Pom! ¡Pom! ¡Pom!...

Catalinita aporreaba el piano y se reía. Su risa cristalina retumbaba por toda la casa; sus últimos ecos iban a esconderse entre las doradas cornucopias de la sala, entre los recovecos del marco del retrato que de su madre pintara Rosales...

Al otro lado de la casa, en la galería, su madre, doña Elvira bordaba –por entretenerse– un almohadón.

–¡Niña!

–¡Mamá!

–¡No te distraigas! ¡Aplícate!

Catalinita se quedaba un momento pensativa; se sonreía –¡era tan feliz!– y volvía a hacer correr sus manos, blancas y pequeñitas, sobre el teclado.

El balcón estaba velado por una cortina de gasa, recogida, como un corsé al revés, a cada lado; la cortina prestaba un no sé qué de cámara nupcial a la salita... El aire parecía que pasaba como a través de un filtro, suave y oloroso como una mata de pelo, y la luz –a través de la gasa– perdía su violencia para hacerse tan entrañable como un regazo... ¡Qué bien se estaba en la sala, al piano, tocando valses y más valses sin parar! Catalinita era feliz, lo más feliz que se puede ser esperando.

¡El mar! Ella conocía bien la alta arboladura de la *Joven Marcela* –donde él había de venir– y las velas no le daban confusión. ¡No habían entrado en el puerto otras velas iguales! Ni la *Zaphire*, la esbelta bonitera francesa, que recalaba de vez en vez por allí, las tenía parecidas... La *Joven Marcela,* de lejos, parecía como una blanca gaviota que volase a ras de las olas, como una nubecilla que la brisa marina empujase hacia la tierra, como un pañuelo puesto a secar al sol sobre un espejo...

Toca esa vals,
toca esa vals...

Catalinita tocaba y tocaba, y cantaba y cantaba, toda llena de alegría. ¡El mar! ¡La *Joven Marcela!* ¡¡Él!!...

¡Que es mi única ilusión!...

Tan elegante, tan señor, tan bien plantado; tenía treinta y cinco años, ¡la edad que debieran tener todos los hombres!, y era rubio, de ojos azules y soñadores, y alto y delgado como todos los marineros de buena raza; tenía una hermosa barba y una gorra de plato toda llena de entorchados dorados; tenía también unos pantalones blancos como la nieve, y una sonrisa...

¡Toca esa vals,
Pepita!...

¡Cómo le gustaban los valses! Los bailaba todo estirado, todo lleno de empaque, y siempre dando vueltas y vueltas... ¡Yo no sé cómo no se mareaba!

Catalinita volvió a quedarse pensativa con la mirada fija en el candelabro o en la cabeza de Beethoven –de escayola pintada de verde bronce–, o en los pliegues de la cortina... Su madre, doña Elvira, que al otro lado de la casa, en la galería, bordaba –por entretenerse– un almohadón, levantaba la cabeza de la labor.

–¡Catalinita! ¡Hija!

–¡Mamá!

–¡No te distraigas! ¡Aplícate!

Catalinita volvía a sonreír –¡era tan feliz!–; volvía a hacer correr sus manos...

Toca e...
toca e...

Catalinita estaba toda nerviosa. ¡Mira que ahora –con lo estudiado que lo tenía– no salirle!...

¡Toca e...
toca e –¡ahora!– *sa vals,*
Pepita!...

A veces, la felicidad abruma tanto, que no se puede resistir... No cabe dentro de uno; es como si quisiera salírsele a uno para inundarlo todo, para contagiarlo todo, para teñirlo todo de color de rosa...

Catalinita estaba toda colorada. ¡Esos pensamientos! Sus mejillas y sus orejas estaban teñidas de arrebol; se le había venido a la memoria aquel verso *(aquella poesía, hija, aquella poesía,* como le decía don David) que él había compuesto para ella.

Yo sé cuál el objeto
de tus suspiros es;
yo conozco la causa de tu dulce
secreta languidez.

¡Qué hermosos eran! ¡Y qué sabios! ¡Cómo conocía el corazón de las mujeres! ¡El muy pícaro! Catalinita se reía. Don David –que había de meterse en todo– hubo de decirle un día, estando paseando por el rompeolas:

–Catalinita, hija: juraría que esa poesía es del señor Bécquer, un poeta que ha dado que hablar mucho por Madrid aún no hace muchos años.

Pero Catalinita prefería seguir creyendo que era de él.

¿Te ríes? Algún día
sabrás, niña, por qué.
Tú acaso lo sospechas,
y yo lo sé.

¡Cómo fluían! ¡Con naturalidad! No; era imposible. Aquellos versos habían de ser, forzosamente, de él. Entornaría los ojos al decirlos, todo arrebatado por las musas, como transportado... Ella conocía de sobra los versos del señor Bécquer; eran aquellos otros que empezaban diciendo:

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,

todos tristes y acongojados. ¡Buena diferencia había! Éstos no iban dirigidos al corazón de las mujeres; eran como una queja, como una maldición; en cambio, aquéllos, ¡qué armoniosos!, ¡qué sonoros!; parecían como perlas que cayesen lentamente de un collar. ¡Eso! ¡Sí! ¡Como perlas que cayesen lentamente de un collar!...

–¡Ah, si yo supiese!, ¡Qué verso más hermoso podría componer para contestarle!

Como perlas que cayesen
lentamente de un collar,

lentamente de un collar, lentamente de un collar... Catalinita estaba como un trance poético: collar, mar, amar, odiar... Las consonantes llegaban, empujándose unas a otras, y tan de prisa, que parecía que iban a escaparse de nuevo:

y que al murmullo del mar
el mago conjuro oyesen;

eso sí que va bien: el mago conjuro oyesen... ¿qué tal?

recibe tú en este verso
con mi mañana y mi ayer,



mi corazón todo terso
¡y mi alma de mujer!

Catalinita no podía más; estaba agotada, caída sobre el piano, suspirando, rendida...

—¡Nunca hubiera creído que me saliese! ¡Cómo le va a gustar! ¡A ver si ahora don David sale también diciendo que son del señor Bécquer!

Al otro lado de la casa, en la galería, su madre, doña Elvira...

Pasaron los meses, vino el otoño, esa estación en que Catalinita tenía puestas todas sus desesperanzas; ya el mar se había vuelto gris como la tristeza...

Catalinita seguía cantando, al piano, su vals:

Toca esa vals,
toca esa vals...

Él no había llegado, se habría entretenido con cualquier flete que le hubiera salido. ¡La vida era tan dura!

¡Toca esa vals,
Pepita!

No quería pensar en el naufragio. No; no era posible que la Virgen del Carmen la abandonase. Se habría entretenido...

¡Toca esa vals,
toca esa vals,
que es mi única ilusión!...

¡Él! ¡Ay! ¿Se acordaría de ella en aquel momento? ¿Estaría en su camarote, mirando para su retrato?

Su madre ya no estaba en la galería; en la galería ya hacía frío. Su madre, que estaba en el cuarto de la costura, preparando —por entretenerse— la ropa de invierno, levantó la cabeza de la labor.

—¡Catalinita! ¡Hija!

—¡Mamá!

—¡Aleja esos pensamientos!

Su madre estaba ya enterada de todo. ¡Qué vergüenza!

—¡No te distraigas! ¡Aplícate!

Catalinita estaba como apagada. ¡El otoño, esa estación en la que ella había puesto toda su desesperanza!...

Intentó seguir cantando, pero no pudo. Tosió un poco, se apoyó con las dos manos sobre el teclado, que hizo un ruido como si le cantaran las tripas, y arrojó un poco de sangre...

Catalinita tardó aún un año y medio en morir; no estaba triste, sabía que él no la olvidaba...; ¡seguiría queriéndola lo mismo!...

Fue a quedarse en una primavera, la estación en que ella tenía puestas todas sus ilusiones, cuando más segura estaba de que, de un momento para otro, acabaría él por llegar...

♦ MI TÍO ABELARDO ♦

I

Mi tío Abelardo es pequeñito, pequeñito como Napoleón –dice él– o como Kant, aquel filósofo cervecero, o como Cromwell, que una vez pegó un susto tremendo a los ingleses.

Mi tío Abelardo tiene el pelo blanco, el traje gris y la corbata negra. Tiene también un automóvil que parece que no anda y un chinchorro que navega por aguas del Parrote y que se llama *Martínez*.

Mi tío Abelardo tiene una mujer noruega y espiritual que se llama Greta, Greta Tromsen, y nueve hijos, todos de Betanzos, todos rubios y soñadores como las princesas de Rubén, que languidecían de amor, o como los príncipes de la Dinamarca, que parecen, cuando son pequeños, anuncios de la leche condensada.

Mi tío Abelardo tiene también un piano de cola que hace unos ruiditos agradables cuando lo acarician, como si fuera un gato; no un gato callejero, de esos feos, blancos y negros, que se pasan la noche pegando gritos por los tejados, no; sino una de esas gatitas mimosas, de bonitos colores, que andan por el salón como duquesas, con la mirada altiva y noble y el ademán sereno y acostumbrado. ¡Oh, el piano de mi tío Abelardo, que está siempre enseñando las tripas, con la tapa levantada, y que hace «prim-prin-pirrín», como un jilguero, cuando le dan suavemente en su dentadura blanca y negra!

En el piano de mi tío Abelardo aprendían mis primas el solfeo. Mis primas se llaman con nombres bonitos: la mayor, que ya está casada, se llama Pepita; *Pepita* se llamaba también un vals que la abuela cantaba al piano, allá por el año 18 o 20.

Toca ese vals, Pepita;
toca ese vals, hermosa;
toca ese vals,
toca ese vals,
que es mi única ilusión.

Era el vals a cuyos compases, como ya sabéis, se había muerto la pobre Catalinita, que jamás se cansaba de esperar.

Mi prima Pepita y yo lo oíamos extasiados, sentados en el sofá, mientras nuestra imaginación volaba muy lejos, detrás de las notas del piano que se escapaban por el balcón abierto.

Mi prima Pepita se sentaba al piano de mi tío Abelardo y, como iba muy adelantada, tocaba *Momento musical*, de Schubert, y los valses de Chopin.

Mis otras primas, las pequeñas, se llamaban también con hermosos nombres. Una tenía nombre de infanta, Cristina; otras dos, nombres de flor o de brisa marinera, Mariña y Chiruca; otra, la más pequeña, que era de la piel del diablo, se llamaba Marucha, y tocaba sentada encima de los dos gordos volúmenes de *El Quijote*. Ahora es ya una señorita.

II

Mi tío Abelardo se bajó del coche, de ese coche que nadie se explicaba por qué andaba, y subió por la calle Real hablando con su sobrino Francisco José, que era alto y delgado como un pino. Mi tío Abelardo y su sobrino Francisco José se llevaban muy bien; andaban siempre juntos, jugaban todos los días su partidita de chapó...

Francisco José solía ganar a mi tío Abelardo casi todas las partidas; pero mi tío Abelardo no se incomodaba. Se consolaba diciendo:

–¡Bah! Eso que haces tú no es jugar al chapó ni es nada. Eso no es más que pegar trallazos... y a lo que salga.

Francisco José se sonreía con la sonrisa del memo, y la cosa seguía igual un día que el anterior, igual el que ya pasó al que está por venir todavía...

Cuando mi tío Abelardo se sentaba al piano, su sobrino Francisco José se situaba en un sillón, bien cómodo, para escucharle. Mi tío tocaba una sinfonía que había compuesto y que empezaba así: «la la rá pirrín»

Después se iban a tomar el té y a ver lo que pintaba Heliodorito, que era el hijo mayor.

Abelardito, el segundo hijo varón de mi tío, a quien todo el mundo llamaba –yo nunca supe por qué– con un apodo que parecía un apellido catalán, se entretenía dando vueltas y más vueltas por la bahía como si fuera una pescadilla. Cuando había regatas de balandros siempre se apuntaba; llegaba el último, pero la gente, no sé por qué extraño fenómeno de sociología, exclamaba con admiración:

–Poca suerte tiene este chico, poca. ¿Se ha fijado usted en aquella virada? ¿Ha visto usted como se ciñó a la boya? ¡Fue una maniobra de verdadero patrón!

III

Mi tío Abelardo estaba furioso aquel día. Había estado riñendo con Pérez, el bombardino de la Sinfónica. Pérez, según mi tío Abelardo, no sabía una palabra de música.

–No sabe en qué consiste –decía muy lleno de razón–, no tiene idea.

Pérez era un tipo rechoncho y vulgar, que se creía genial y que tocaba el bombardino cuando lo llamaban. Se pasaba el día haciendo trampas a las siete y media, su juego favorito, y no tenía profesión conocida. Cuando le preguntaban respondía enfáticamente:

–Mi oficio es el del Arte, señor. Simplemente.

Mi tío Abelardo estaba furioso. Pérez negaba lo evidente. ¿Pues no decía el indino que Mozart no sabía por dónde andaba, que Chopin era un cursi, que Wagner no sabía ni solfeo, que Beethoven carecía de inspiración?

¡Ah, la osadía de los bombardinos! ¡La audacia de los bombardinos! ¡La falta de vergüenza –sí, señor, la falta de vergüenza– de los bombardinos!

Pérez ponía una sonrisa de hombre que está de vuelta de todo, cuando discutía; una sonrisa que exasperaba.

Mi tío Abelardo le había preguntado, furioso, como último argumento:

–¡Vamos a ver! ¿Y del *Septimino*, qué me dice usted del *Septimino*?

Y Pérez –¡era para matarlo!– se limitó a perfilar su sonrisita de hombre enterado y a exclamar, con un gesto displicente:

–¿El *Septimino*? Pues..., ¿qué quiere que le diga? No está mal instrumentadito.

Mi tío Abelardo se subía por las paredes.

IV

–Y, entonces, Pérez va y..., ¿saben ustedes lo que tuvo la desfachatez de decirme? Pues que no estaba mal instrumentadito.

–¿El *Septimino*?

–Sí, el *Septimino*; ¿qué les parece?

En el salón del Old Club la estupefacción rebotaba de señor en señor como una pelota de tenis.

–Pero..., ¿del *Septimino*, de Beethoven?

–Sí, señor, del *Septimino*, de Beethoven.

–¡Es increíble!

–¡Es inaudito!

–¡Es...!

El señor García Mero, siempre de luto, siempre fumando su pitillo, siempre ocurrente, la estaba gozando con la indignación de mi tío Abelardo.

–Pero, vamos a ver, Abelardo. ¿A ti te dijo eso Pérez, el bombardino?

–Sí. Delante de mi sobrino Francisco José.

–¿Ese largo que es de Madrid?

–Sí.

El señor Soutón, gordo, viejo, aficionado a los toros y a las chicas que se paseaban por la calle Real, le decía a mi tío Abelardo, mitad en broma, mitad en serio:

–A ti lo que te pasa es que no sabes bien lo que es el Arte. ¿Quieres que te diga unos versos que le hice a «Rosa, la de Alicante»?

El señor Soutón no esperó la contestación. Se incorporó un poco en su butaca, tosió, carraspeó, gargarizó, buscó entre los muchos papeles que llevaba en los bolsillos, y comenzó a declamar con su voz medio de catarro, medio de aguardiente:

Rosa, la de Alicante,
mujer alta y hermosa,
que a su nombre de Rosa
une la armoniosa
suavidad de su cante.
Su mirar de diamante,
su risa vaporosa
y su talle juncal,
trata a la mariposa,
tímida y arrogante,
casi de igual a igual.

–Eh, ¿qué te parece?

El señor García Mero, casi ahogado por un golpe de tos, gritaba:

–¡Bravo, Soutón! ¡Vivan los ripios!

Mi tío Abelardo no sabía si reír, si incomodarse. Su sobrino Francisco José pasaba en aquel momento por la calle. Mi tío Abelardo dio unos golpecitos en la luna de la amplia ventana con su sortija.

–¡Eh! Espera, que me voy contigo.

Francisco José esperó. Mi tío Abelardo llegó poniéndose el abrigo.

–¡Pues está bueno el pueblo entre el bombardino, con sus ideas, y



este bárbaro de Soutón, con sus versos!
—¿Quieres que vayamos a ver el mar?
—Sí, vamos.

V

El mar estaba terso como un plato. Era hacia la caída de la tarde y el castillo de San Antón se recortaba sobre el cielo de la bahía, ventrudo y perezoso como un monstruo que durmiese.

—¿Te gusta el pueblo, Francisco José?

—Mucho, tío Abelardo. Es muy bonito.

Tanto mi tío Abelardo como Francisco José sentían como un descanso el encontrarse solos, paseando a orillas del mar, después de escapar de la ciudad con sus bombardinos y sus poetas.

—Por aquí es por donde Abelardito hace sus proezas con el balandro, ¿no?

—Sí.

Mi tío Abelardo se quedó un instante callado. De repente interrumpió su silencio como un rayo que pasase, sin avisar, por el horizonte.

—Oye, ¿tú crees que ese chico sabe...?

—¿Qué chico?

—¡Abelardito, hombre, Abelardito! ¿Tú crees que sabe...?

—¿Que sabe qué?

—Pues..., ¡lo que es un balandro!

—Hombre... Más que tú o que yo...

—¿No le pasará lo que al bombardino?

—Yo creo que no. Abelardito es un chico serio.

—¿Y lo que a Soutón?

—Hombre, no. Soutón es una calamidad.

—Ya, ya. Pero tú fíjate que no ganó una regata en todo el año.

—¿Y eso qué más da? Eso es cuestión de suerte. Pero aquella bordada..., ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas de cómo se ciñó a la boya de Santa Cristina? ¡Ah, aquélla sí que fue una ceñida maestra!

—¡Ya, ya! ¿Y aquella manera de venir con toda la vela desplegada al viento? ¿Y aquella...?

Mi tío Abelardo y su sobrino Francisco José se pasaron el resto de la tarde recordando las hazañas de Abelardito.

Mi tío Abelardo y su sobrino Francisco José eran dos soñadores. Por eso se llevaban bien.

Ya había anochecido. En el muelle, la oscuridad era completa; sólo el triste farol de pataches brillaba en lo alto de los palos como una estrella olvidada.

A sus espaldas, la ciudad aparecía bañada por la luz.

Pérez, el bombardino, estaría diciendo entre baza y baza de siete y media:

—¿Chopin? ¡Chopin era un cursi!

El señor Soutón, poeta, estaría declamando en el Old Club:

Rosa, la de Alicante,
mujer alta y hermosa...

♦ EL CLUB DE LOS MESÍAS ♦

Juanito Ortiz Rebollado, socio del casino, un día que estaba medio bebido empezó a contar aquello del Brasil que tanto gustaba a don Anselmo.

Los viejos de tierra firme –el registrador, el boticario, el cura– le miraban con la boca abierta, con los ojos espantados por la admiración. Para ellos, Juanito Ortiz Rebollado era lo más que se podía ser.

Los viejos marinos...

Juanito empezó así:

I

Cuando me echaron del Brasil diciéndome que si no salía en el primer barco que zarpase de Santos me metían en la cárcel, el *Clair de la lune,* sucio, caliente y resoplante como una criada negra, me descargó en Miami, en la dorada Miami.

En Norteamérica no conocía a nadie (mis primos los Coffin no cuentan, porque ya por entonces no querían ni saludarme); pero me consolaba pensando que, verdaderamente, mucho peor hubiera sido que el *Clair de la lune* hubiera hecho el viaje al África del Sur o a la Tierra del Fuego o a las islas Spitzberg. El consuelo depende de la voluntad.

Al poner pie en tierra no tenía ni una peseta, y ahora, al acordarme del trabajo que me costó ganar el primer dólar, pienso con pena en aquel dulce olor a café que en la bodega del *Clair de la lune* se me pegó a la ropa y en los buenos cuartos que ahora podría hacer dejándome lamer por los desesperados bebedores de malta y otras porquerías.

Pero, bueno, ¡qué le vamos a hacer! El tiempo pasó, las noches que dormí al raso y las carreras en pelo que me daban los *policemen* cuando robaba plátanos en los cercados, acabaron por aventar aquel alimenticio aroma que despedían mi chaqueta y mi camiseta, y hoy, después de tantos años, lo mejor es ya ni acordarse de aquello.

¡En diez años que han pasado, ustedes calcularán la cantidad de veces que puede cambiar de olor la chaqueta de un hombre de acción! ¡Y la cantidad de veces que un hombre de acción puede cambiar de chaqueta!

Desembarqué al atardecer. El *Clair de la lune* había atracado por la mañana temprano, a eso de las nueve, pero cuando quise saltar a tierra, un señor vestido de blanco que había en la Aduana no debió encontrarme lo bastante apto para codearme con los ciudadanos de la Unión y me dijo, de muy malos modos, por cierto, que allí no me bajaba.

Yo me defendí, como es natural; le dije que a ver qué se había creído, que yo no era ni chino ni negro, etc., etc.; pero el señor de la Aduana se limitó a cambiar de postura, a coger el puro entre los dientes y a hacer una seña a un *policeman* que estaba al lado de él y que parecía un boxeador.

El hombre me cogió por el cuello, igual que cogen los porteros de los cabarets a los señoritos borrachos, y me puso en la pasarela. Como las intenciones eran claras y con la pinta de burro que tenía lo mejor parecía no provocarle, pensé que lo más sabio fuera estarse quieto y no rechistar y tiré para arriba haciendo como que estaba más azorado y más corrido que una mona. La procesión iba por dentro, porque bien sabe Dios que si hubiera asomado aunque no fuera más que una punta, aquel bárbaro me desloma.

En el *Clair de la lune* no fue bien acogida mi vuelta. No les había podido pagar todo el pasaje y me miraban con ese mirar homicida que dedican a los polizones los capitanes de cargo; esa mirada que no se olvida en la vida y que mismamente parece decir las intenciones.

A los capitanes de cargo, lo que más rabia les da es no poder echar al agua a los que se cuelan. A esa agua sucia y como grasienta de los puertos americanos bajo cuya superficie se adivinan los nadares siniestros del tiburón o de la manta...

¡No nos pongamos románticos!

Le prometí solemnemente al capitán (un irlandés más borracho que Baco, y tan traidor, por lo menos, como don Oppas) que a la caída del sol intentaría pasar otra vez a tierra, a ver si tenía más suerte, y bajé a la cocina a lavar cazuelas o atizar la lumbre para que a la hora de la comida el cocinero no se olvidase de mí.

Cuando llegó la tarde me despedí del cocinero, que, ¡cosa rara!, no se había portado demasiado mal conmigo, y anduve dando tumbos por la borda atracada hasta que, aburrido de mirar para el muelle, donde el *policeman* que me había echado –u otro muy parecido– seguía plantado más tieso que un pino, me lié la manta a la cabeza (es un decir), hice en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén (esto de verdad) y me tiré al agua por la banda de afuera.

Recuerdo que el chapuzón me causó una impresión macabra, porque me recordó el chapoteo de las mantas cuando asoman a la superficie, pero como era buen nadador, como la ropa no me estorbaba, porque no llevaba más que la que a la vista aparecía, y como la pacotilla tan pobre era que la sostenía en la boca atada con un pañuelo, pronto llegué a los botes que allí estaban medio inundados para que se hinchasen, y pronto también me desapareció el temor.

Como no tenía reloj no sé el tiempo que tardaría en achicar el bote, pero para mí que no debieron ser menos de cinco o seis horas.

Cuando estuvo a punto elegí un sitio de la bahía que me pareció a propósito y bogando a popa y con un solo remo para no hacer demasiado ruido, allí me acerqué para acabar de una buena vez.

No sé si Cristóbal Colón habrá sentido la satisfacción que yo sentí al tocar el suelo. Imaginar a los Estados Unidos tan grandes, al *policeman* tan chico y a la policía brasileña tan lejos, me causó un momento de tal felicidad que difícilmente lo olvidaré en los días de mi vida.

Me desnudé para ayudar a la ropa a secarse y me senté, como Adán en el Paraíso Terrenal, sólo que con más frío, sobre una piedra.

Enfrente, el *Clair de la lune,* medio descargado ya, enseñando su roja línea de flotación...

La luna estaba en el cielo, el *policeman* en el muelle y el tiburón en el mar.

II

A veces es un peligro tener la conciencia tranquila. La preocupación aleja los sueños y evita el que le roben a uno la ropa.

Cuando me desperté de madrugada, con más tos que una oveja y más frío que un palúdico, vi con tristeza que en el país del oro había alguien aún más pobre y miserable que yo.

Doy mi palabra de honor de que no sé qué me causó más honda pena, si la desgracia de quien me llevó la ropa (que muy mal vestido tenía que andar) o la certeza de no ser yo el único atorrante en la lujosa Miami.

Pasó algún tiempo, el sol extendió su blonda cabellera, etc., y yo, con una mano delante y otra detrás (¡ustedes comprenderán que algo tenía que hacer!), me dirigí con paso presuroso hacia el chalet más próximo.

El chalet se llamaba *My Cottage.*

Llamé al timbre, un golpecito seco para poder volver la mano a su honesta misión, y esperé. Al cabo de un rato me abrieron.

Probablemente mi aspecto no debiera tener mucho de tranquilizador, pero es probable también que la cosa no fuera tan grave como para producir un desmayo.

La señora se dio un golpe criminal contra el suelo. Traté de reanimarla, vino un señor que debía ser el marido, dos niños, una niña, una criada...

Yo al principio volví a mi posición de una mano delante y otra detrás; pero después, cuando la señora volvió en sí y todos me acosaban como si fuera un perro rabioso, me arrimé a la pared y me defendí con la mano que me quedaba libre, porque pensé que no era cosa de dejarse aspar como un San Sebastián.

Como el poco inglés que sabía era distinto del de aquella familia, y no había manera de que nos entendiésemos, y como ya me estaban cargando con tanto grito y tanto bastonazo, en cuanto tuve ocasión y el dueño me arrimó la cara, le arreé un lapo a un lado que le hice escupir las muelas y quién sabe si la mitad de la lengua, y que fue la señal qué esperábamos todos para tranquilizarnos.

Al señor se lo llevaron a rastras escaleras arriba y a mí me echaron un pantalón que me venía un poco estrecho, pero que me servía para tapar mis carnes pecadoras.

Ya con las manos libres pensé que lo más prudente sería no tentar a la Divina Providencia y marcharme de *My Cottage,* y sin pararme demasiado a discurrir (cosa que siempre me había dado mal resultado), cogí una gabardina que había encima de una silla, me la eché sobre los hombros y salí a la calle por la misma puerta por donde había entrado.

Eso de que las viejas tienen el corazón tierno debe ser cosa de la anciana Europa.

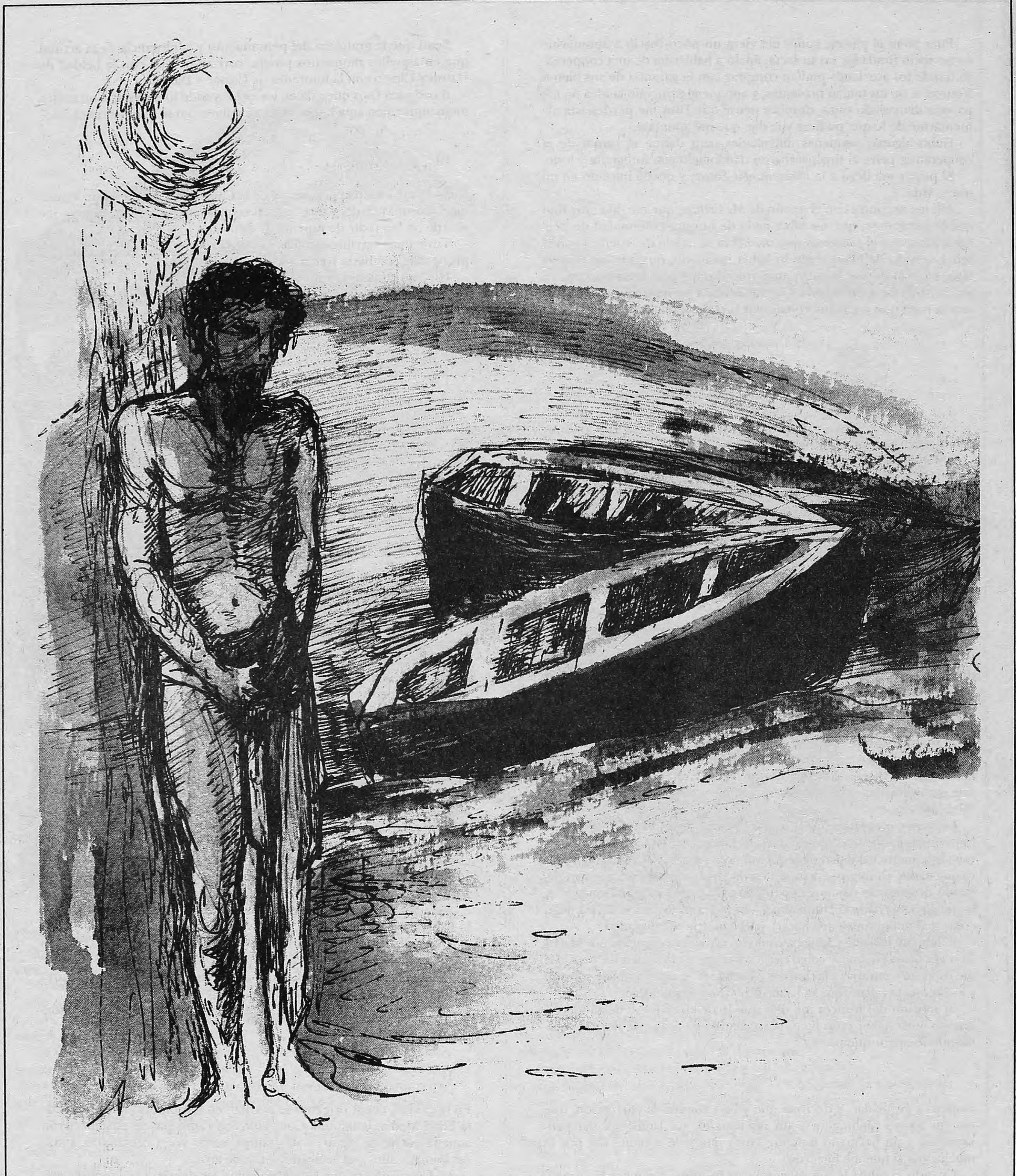
Lo digo porque más debiera parecer el aspecto que llevaba digno de lástima y compasión que de achucharme perros, niños y policías, como no obstante todas las viejas de aquel pueblo se divertían en hacer.

La carrera que me dieron desde que la emprendieron conmigo hasta que me metí de cabeza en aquella capilla evangélica, es algo cuyo recuerdo me sobresalta.

La santidad del lugar calmó los ímpetus de la multitud; el pastor me llamó hijo suyo y me dio una taza de té; su mujer me cosió el pantalón, que, con los saltos que me hicieron pegar, se había rasgado y dejaba al aire partes hechas para estar tapadas, y yo, vayan ustedes a saber por qué lejana asociación de ideas, pensé en aquel momento en mi infancia pastoril y en aquella vaquita blanca y negra que tenían mis padres.

Momentos de flaqueza, ¿quién no los tiene?

El pastor soltó desde el púlpito un hermoso sermón, que la mujer (que se lo debía tener aprendido de memoria) me fue repitiendo en la cocina, y la patulea de mis perseguidores fue calmándose poco a



poco, hasta que algo más entretenido que perseguir a un extranjero con el pantalón roto les distrajo, iloados sean los cielos!, su atención.

El pastor se reunió con nosotros (con su mujer y conmigo), y me dijo algo así como «De buena te has librado, muchacho, isi llegas a ser negro!», a lo que yo no me acuerdo qué le contesté, aunque sí sé que algo parecido a un «No, señor; gracias a Dios, soy de Betanzos. La Coruña, España.»

Me preguntó después por mis proyectos, y cuando le dije que la única ilusión de mi vida era no tropezar con los guardias brasileños, me empezó a hablar de las altezas de miras y demás zarandajas, para acabar tratándome de catequizar en la doctrina de su secta, una secta que no era tal secta, según él decía, sino la base de la futura prosperidad espiritual y material de la Humanidad.

Como los europeos y los asiáticos somos los únicos mortales que tenemos abuelos conocidos, a mí siempre me olieron un poco a timo esos específicos de los norteamericanos. iQué quieren ustedes!

No es que uno sea una monja de la Caridad, ni mucho menos; pero por lo menos, los españoles y los chinos, los franceses y los japoneses, y los italianos y los indios, cuando no sabemos ya qué resolver ni con quién meternos, nos fastidiamos y nos aguantamos, pero no nos dedicamos a fundar religiones.

Les estoy hablando a ustedes en serio.

Pues bien: el pastor, como me viera un poco reacio a apuntarme como socio fundador en su secta, apeló a hablarme de una cooperativa donde los asociados podían comprar con la garantía de sus bienes futuros, si no los tenían presentes, y aunque al principio la idea no me parecía demasiado pura, después pensé que Dios me perdonaría alimentarme de lo que pudiese y le dije que me apuntase.

Hubo algunas pequeñas dificultades para darme el carnet de la cooperativa; pero, al final, acabaron dándomelo con fotografía y todo.

El pastor me llevó a la *Philanthropic Society* y quedé iniciado en mi nueva vida.

Allí me encontré con el dueño de *My Cottage*, que me dijo muy fino que le perdonase, que no sabía nada de nuestra comunidad de pensamientos; con el *policeman* que me había agarrado del cuello y con el señor vestido de blanco que lo había mandado, quienes me dijeron algo parecido; con la vieja que iniciara mi persecución; con un jovencito flaco y barbilindo que titubeando me entregó un paquete con la ropa que me había robado en la playa y una tarjeta que decía:

JOHN UNDERPETTICOOAT

Se avergüenza ante nuestro profeta Louis Hatchway de haber dejado en cueros a su hermano,

con la señora a quien desmayó mi aparición...

Era verdaderamente ejemplar aquella solidaridad.

Un paisano que me encontré entre los hermanos (Modesto Loureiro, de Chantada, Lugo) me dijo que los turistas llamaban despectivamente *El Club de los mesías* a la *Philanthropic*, y el hombre estaba tan indignado cuando me lo decía, que por nada del mundo me hubiera atrevido a contradecirle.

Le dije a Modesto que me presentase a las fuerzas vivas, porque Miami, aunque ustedes se crean lo contrario, es un pueblo donde el alcalde —como en todas partes— se cree el ombligo del mundo, y el hombre, que era más gallego que el obispo Gelmírez, me dijo que vivas, lo que se dice realmente vivas, no había allí más fuerzas que los que momentos antes había saludado.

No insistí, no por nada, sino porque veía que iba a dar lo mismo, y dirigí mis pasos hacia un grupito donde había un par de hermosas muchachas. Me quedé espantado cuando les oí hablar de Ibsen con la irreverencia con que lo hacían. En aquel tiempo en que el demonio de los viajes se había acomodado en mi corazón, ¿cómo no vibrar de ira al sentir menospreciado al glorioso descubridor del Polo Sur?

Les dije que en mi presencia, hasta entonces, nadie había osado hablar mal de Ibsen, ni de Amundsen, ni de Walter Scott, y, como por arte de birlibirloque, se guardaron sus necedades para mejor ocasión. ¿Habráse visto?

Un vejete que estaba en la tertulia y que aseguraba, con un énfasis impertinente, que tenía un tío francés, metió baza en la conversación y tuvo la bastante habilidad de ir derivando las cosas lejos de Ibsen —punto que nadie, en mi presencia, se atrevió jamás a tocar— para acabar llegando después de dar muchos tumbos, a las varias definiciones que, según él, había dado la Humanidad —¡como si no tuviera la Humanidad cosas más importantes que hacer!— del concepto de dignidad.

El hombre hablaba y hablaba como un verdadero diputado por Marsella o por Saint Etienne, y como decía cosas que yo no entendía, pero que me parecían contrarias a las buenas costumbres, le interrumpí de sopetón y le dije que se callase, que ya había dicho bastantes sandeces.

El sobrino del francés me dijo que le deletrease eso de sandeces, que no creía haber oído bien, pero cuando yo acabé de decirle vocalizando lo mejor que pude,

F-O-L-L-Y.

empezó a gesticular, a decirme que yo no conocía la corrección, que era un torero ambulante y un inadaptado, un tránsfuga del pensamiento y un hermano indigno; cosas que si le aguanté fue por la mucha gracia que me hicieron.

Cuando la calma le fue volviendo, se brindó a reanudar la conversación, pero puso como condición previa para hablar conmigo de aquellos asuntos el que me comportase con dignidad.

Yo nunca he pretendido tener ideas originales sobre la dignidad, aunque siempre he pensado que fuera virtud para barrigas llenas. El caso es que, casi sin pensarlo, le solté un largo espich hablándole de lo que me iba saliendo, espich que tuvo una gran acogida y que terminó con un «¿Me exigís dignidad? ¡Dadme dinero!» a modo de broche, que fue muy celebrado.

En aquel momento me acordé de aquel sabio griego, me parece que fue Isósceles, cuando decía al Senado: «¿Queréis que mueva la Tierra? ¿Sí? ¡Pues dadme un punto de apoyo!»

Sentí que la grandeza del pensamiento y la elegancia de la actitud que en aquellos momentos poseía, corrían parejas con la beldad de Dafnis y Cloe o con la honradez de Cosme y Damián.

¡Loado sea Dios que está en los cielos y todo lo dispone! Con cuatro momentos como aquél, ¿qué fama de tribuno no se hubiera cimentado?

III

Cuando me hicieron presidente de la Cámara de Comercio de Miami, diez años más tarde, y director del economato de la *Philanthropic*, me acordé un buen día de repente de Betanzos.

Tuve unas terribles luchas conmigo mismo, de las cuales mi espíritu salía con harta frecuencia destrozado.

Hice mi equipaje y me marché.

Antes escribí una tarjeta al secretario de la Cámara. Decía así:

«Hay un pinche de Betanzos
que se llama Serafín
y que cuece los garbanzos
en la marmita de Papín.
Good bye!»

Juanito hacía ya un rato que tartamudeaba.

—¡El alcohol va a terminar con él! —decía don David.

—¿Será posible —exclamaba indignado don Lorenzo— que siempre lo deje todo a medio acabar?

♦ A LA SOMBRA DE LA COLEGIATA ♦

Doña Julia había dicho a sus nietos:

—Y si sois buenos, ahora que viene la Navidad, os traeré a comer.

Pero la Navidad llegó cuando ya doña Julia se había marchado, como un pajarito, sin moverse siquiera, camino del cielo.

Fue la víspera de la Nochebuena. El entierro, que presidieron sus hijos y que llevó muchos coches detrás, pasó por todas las nevadas calles de la ciudad, camino del cementerio, haciendo correr los visillos tras los helados balcones, espantando en su alegría a los niños que cantaban villancicos al lejano y bronco sonar de las zambombas.

¡Pobre doña Julia! En la ciudad su marcha dejó un vacío inmenso, y aquellas Navidades... ¡Ay, aquellas Navidades fueron tristes y desamparadoras, como aquellas otras, ya casi remotas, que aguó la peste, o aquellas más cercanas, pero igualmente crueles, que preocupó la guerra de Melilla!

Don Estanislao, y don Pío, y don Juan y don Miguel, y don Lorenzo, y don Jesús dejaron caer pesadamente la cabeza sobre el pecho.

—¡Cuántas sorpresas nos depara esta vida, este bajo mundo! ¡Quién lo había de decir aún ayer!...

Don Sebastián había dado vacaciones a sus muchachos. De no haber sido así, ¿hubiera podido al día siguiente decir con el solemne empaque de siempre: «Y cuando el astro del día apagaba en los mares de Occidente su cabellera de fuego...»?

Eso es cosa que nadie sabe. ¿Quién es capaz de leer en el insondable fondo de los corazones?

II

En la ciudad, cuyos orígenes se perdían en las sombras misteriosas de la Edad Media, había una Colegiata. Sus campanas se estremecieron aquella noche de pavor, y su granito, varias veces centenario, sintió sus luengos años y el remordimiento de vivir.

La Colegiata era una Colegiata como las demás. Los hombres que la gobernaban (sistematicemos, en homenaje a don Sebastián, que en el fondo de su conciencia nos lo agradecerá) eran los siguientes:

Don Estanislao, su rector; sonrosado y barbilindo como una manzana, hablador y reverencioso como una dueña, menudito y satisfecho en su inefable y casi angélico ademán...

Sus cuatro canónigos, a saber:

Don Pío, orador sagrado, de grave y campanuda voz...

Don Santiago, padre de los pobres y organizador de cofradías y catequesis, y a quien todo el mundo distinguía con su respeto.

Don Juan, que tenía una rara semejanza con Figueirido, el criado del abuelo.



Don Julio, flaco y escurrido como una avutarda...

Su chantre, don Miguel García, inquieto y recortadito, con su voz de damisela encelada, que se ponía colorado al hablar...

Su sochantre, don Lorenzo Salgado, grande y peludo como un árbol...

Su organista, don Jesús, con azules ojos de artista, su flotante cabellera de artista, su fúnebre chalina de artista, sus largas y huesudas manos de iluminado...

La Colegiata tenía tres torres –la Torre Gorda, la Torre del Miserere y la Torre del Francés– y un reloj que hacía desgranar en suaves arpegios –y de cuarto en cuarto de hora– su campanil para que los vivos se estremecieran, también de cuarto en cuarto de hora, ante la inexorable marcha hacia la muerte.

La primera vez que don Pío dijo, hace ya muchos años, en unos Juegos Florales en los que actuó de mantenedor, eso de los suaves arpegios, el señor Obispo y el señor Gobernador le felicitaron.

Como recuerdo, y con todas las firmas elegantemente grabadas sobre plata, sus amigos le dedicaron un pequeño homenaje: una placa, entonces lozana y brilladora y hoy olvidada en una pared de la vieja sacristía, al lado de un *Descendimiento,* dicen que de mucho valor.

De aquello hace ya tanto tiempo, que... ¿quién se acuerda?

III

La Colegiata agrupaba las casas a su alrededor, como una gallina a sus polluelos. Bajo la blanca toalla de la nieve, todas las casas parecían iguales; nadie, al verlas así, adivinaría ese mundo de graves preocupaciones, de profundos mínimos problemas, que familias enteras se obstinaban en no resolver; de alegrías fugaces que duran tan sólo un día de boda, unas horas de bautizo o de primera comunión...

Y, sin embargo, si ahora nos fuera dado verlas al claro y violento sol del estío, nos percataríamos de que no había dos iguales, de que se levantaban unas por encima de las otras, de que refulgían cada una de ellas con mil brillos o mil sombras diferentes.

Pero la ciudad, ¡era tan hermosa y tan disparatada!

Por encima de esos tejados que eran toda la ciudad, la Colegiata levantaba sus agujas, no tan orgullosas como bellas; sus escalonados y verdinegros campanarios románticos, casi tan viejos ya como los montes.

La casa de doña Julia y de don Sebastián estaba en la Cuesta de Abajo, a la salida de la ciudad, ante una campiña nevada y blanca por el crudo invierno, tímida y aireada como los caminos por donde bajan, en los belenes, los tres Reyes Magos, con sus caballos, sus camellos, sus criados y su misterioso y entrañable cargamento de sorpresas.

La casa de doña Julia y de don Sebastián tenía tres pisos, un balcón corrido con balaustrada de piedra, un escudo fusado con un yelmo que miraba hacia la izquierda –«No me explico quién de nuestros antepasados pudo haber pecado de bastardía», solía decir doña Julia, cuando todavía podía decir cosas, a su tertulia de clérigos, de pensionistas y de catedráticos; «no me lo explico»– y un aldabón de bronce, grande y macizo, que doña Julia mandaba, cuando todavía podía mandar, que lo quitaran por las noches.

–¡Hay tanto desaprensivo!



IV

Don Sebastián era catedrático de Instituto, catedrático de Historia.

Don Sebastián, por las mañanas, a las nueve, daba su clase acostumbrada. Con idénticas bien medidas palabras, todos los años explicaba idénticos y fundamentales sucesos históricos. Se los había aprendido de memoria, a lo largo de treinta y cinco años de labor docente –como se dice–, y gozaba en repetirlos, monótonos y exactos como la marcha de los péndulos, como el pasar de las horas sobre la vieja ciudad universitaria y clerical, ante su juvenil auditorio, ante su moceril gentío, todos los años renovado y siempre eterno e inmutable.

Don Sebastián hablaba como un orador, como un verdadero y bien probado orador, y su discurrir casi castelariano, su ampuloso y dogmatizador discurrir de catedrático de Instituto de finales del XIX, hacía un desconcertador efecto fluyendo de su figura casi franciscana.

El día más feliz del curso era aquel en el que tenía ocasión para decir:

–Y cuando el astro del día apagaba en los mares de Occidente su cabellera de fuego, todos los soldados, de rodillas, entonaron el *Tedéum*, digno epinicio de tan gloriosa jornada.

¡Aquello era realmente hermoso! Y, además..., ¡qué caramba, desde la cátedra tenemos el sacrosanto deber de hacer patria!

Don Sebastián daba fin a sus lecciones con broche de oro. Carraspeaba después, guardaba, con su cotidiano primor, sus finos lentes de pinza, bebía su último sorbito de agua, sonreía con aquella inefable y casi imperceptible sonrisa que luchaba por escapar a través de su barba, ensayaba su «¡Queden ustedes con Dios!» de todas las mañanas...

Don Sebastián era querido de sus alumnos, muy querido; jamás ponía mala cara a nadie, jamás se enfurecía cuando hablaban o llegaban tarde, jamás se había dado el caso de que a nadie suspendiera...

¿Podría ahora, sin embargo, de no estar de vacaciones sus muchachos, decirles con el empaque solemne de costumbre aquello del epinicio y de los mares de Occidente, aquello del *Tedéum* y de la cabellera de fuego?

V

Don Sebastián hizo de tripas corazón.

–Que vengan los niños a comer.

Don Sebastián no podía olvidar que doña Julia les había dicho, pocos días antes de marcharse como un pajarito, sin moverse siquiera, camino del cielo:

–Y si sois buenos, ahora que viene la Navidad, os traeré a comer.

Y los niños... ¿Qué culpa tenían los niños para que nadie los invitara a comer, después de haber sido buenos como santos?

Don Sebastián daba vueltas alrededor de la mesa, ocupándose de todo. La mesa presentaba un aspecto brillante, con un albo mantel, su dibujada vajilla de loza antigua, sus fuentes de turrón, de frutas escarchadas, de figuritas de mazapán.

–Para los niños no ha pasado nada ¿me entienden? –había dicho don Sebastián a las criadas, para añadir a renglón seguido, casi pensativamente:

–¡Pobres criaturas...!

Y en una larga mesa, al fondo del comedor, el Nacimiento enseñaba a los atónitos ojos infantiles su áurea purpurina, su teñido serrín, sus bruñidos espejos que semejaban lagos. Sobre el Portal, pendida de un hilo casi invisible, una estrella de papel de plata se balanceaba mientras los niños hablaban.

–¿Y la abuelita?

Don Sebastián no supo qué contestar. Miró para la estrella que colgaba del cielo raso de la habitación y carraspeó un poco como si estuviera en clase.

Salió lentamente del comedor y se encerró en su despacho. Se echó sobre el sofá y dejó caer pesadamente la cabeza sobre el pecho, como el señor rector, como los cuatro canónigos, como el organista.

Los muchachos de las zambombas seguían con su monótono sonar, deambulando por las nevadas calles de la ciudad.

La blanca toalla que todo lo envolvía...





♦ LA ETERNA CANCIÓN ♦

I

¿Usted cree que estoy loco? No; yo le podría asegurar que no lo estoy, pero no lo hago. ¿Para qué? ¿Para darle ocasión a exclamar, como todos los que lo oyeran: «¡Bah!, como todos..., ¡Creyéndose cuerdo! ¡La eterna canción!»? No amigo mío; no puedo, no quiero proporcionarle esa satisfacción... Es demasiado cómodo venir de visita y sacar la consecuencia de que todos los locos aseguran que no lo están... Yo no lo estoy, se lo podría asegurar, repito, pero no lo hago; quiero dejarle con su duda. ¡Quién sabe si mi postura puede inclinarle a usted a creer en mi perfecta salud mental!

Don Guillermo no estaba loco. Estaba encerrado en un manicomio, pero yo pondría una mano en el fuego por su cordura. No estaba loco, pero —bien mirado— no le hubiera faltado motivo para estarlo... ¿Qué tiene que ver que se haya creído, durante una época de su vida, Rabindranath? ¿Es que no andan muchos Rabindranath, y muchos Nelson, y muchos Goethe, y muchísimos Napoleones sueltos por la calle? A don Guillermo lo metió la ciencia en el sanatorio..., esa ciencia que interpreta los sueños, que dice que el hombre normal no existe, que llama nosocomios a las casas de orates...; esa ciencia abs-

traída, que huye de lo humano, que no explica que un hombre pueda aburrirse de ser durante cincuenta años seguidos el mismo y se le ocurra de pronto variar y sentirse otro hombre, un hombre diferente y aun opuesto, con barba donde no la había, con otros lentes y otro acento, y otra vestimenta, y hasta otras ideas, si fuera preciso...

II

Desde aquel día visitaba con relativa frecuencia –casi todos los jueves y algún que otro domingo– a don Guillermo. Él me recibía siempre afable, siempre deferente. Don Guillermo era lo que se dice un gran señor, y tenía todo el empaque, toda la majestuosidad, toda la campesina prestancia de un viejo conde, cristiano y medieval. Era alto, moreno, de carnes enjutas y sombrío y oscuro mirar... Vestía invariablemente de negro y en la blanca camisa –que lavaba y repasaba todas las noches, cuando nadie le veía– se arreglaba cuidadosamente la negra corbata de nudo, sobre la que se posaba, siempre a la misma altura, una pequeña insignia de plata que representaba una calavera y dos tibias apoyadas sobre dos GG: Guillermo Gartner.

Se mostraba cortésmente interesado por mis cosas, pero le molestaba mi interés por las suyas, de las que rehuía hablar. Me costaba un gran trabajo el sonsacarle, y algunas veces, cuando parecía que lo conseguía, se paraba de golpe, me miraba –con una sonrisa de conmiseración que me irritaba– de arriba abajo, se metía las manos en los bolsillos y me decía:

–¿Sabe que es usted muy pillo?

Y se reía a grandes carcajadas, después de las cuales era inútil tratar de hacer recaer la conversación sobre el tema desechado.

III

En el manicomio lo trataban con consideración, porque, desde que había entrado –e iba ya para catorce años–, no había armado ni un solo escándalo. Entraba y salía al jardín o a la galería siempre que se le ocurría, se sentaba en el borde del pilón a mirar a los peces, inspeccionaba –siempre silbando viejos compases italianos– la cocina, o el lavadero, o el laboratorio... Los otros locos lo respetaban, y los empleados de la casa –excepto los tres médicos– no creían en su locura.

IV

Los días eran eternos, y don Guillermo, un día que estábamos hablando del otro mundo, me confesó que si no se había tirado a ahogar –no por desesperación, sino por cansancio– era porque las temperaturas extremas le molestaban.

–Me da grima figurarme –decía– medio acostado, medio flotando en el fondo del pilón, con la camiseta empapada en agua fría...; a lo mejor se me quedaban los ojos abiertos y el polvito del agua se me metería dentro y los irritaría todos... ¿A usted no le estremece un ahogado? Pero no para ahí lo peor; figúrese usted que de repente le toca a uno el turno, comparece, y como uno es un suicida, lo envían al infierno a tostarse...; el agua de la camiseta, del pelo, de los zapatos, empieza a cocer y uno a dar saltos, saltos, hasta que el agua se evapora y uno la echa de menos, porque empiezan a gastarse los jugos de la piel...



V

Al jueves siguiente, no bien hube pasado de la puerta, salió el portero de su cuchitril, como un caracol de su concha, y me dijo:

–¿A dónde va usted? A don Guillermo le enterraron el sábado pasado. ¿Pero no se había enterado usted? El viernes por la mañana apareció ahogado en el fondo del pilón... El pobre tenía sus grandes ojos azules muy abiertos; el polvillo del agua se los había irritado como si se los hubieran frotado con arena... Estaba medio desnudo..., daba grima verlo, al pobre, con toda la camiseta empapada en agua fría...

♦ DON HOMOBONO Y LOS GRILLOS ♦

Don Homobono vivía en la vieja ciudad de sus abuelos. Era un filósofo rural, verdaderamente lo que se llama un filósofo rural; se le notaba en el pantalón, de pana, que no era color de aceituna, como los vulgares pantalones de pana del alcalde o del jefe de la estación, sino color de conejo de raza, de un gris perla de ensueño, tornasolado, con las irisaciones más bellas por aquellos sitios donde el roce de tantas jornadas había dejado su huella indeleble.

Don Homobono era amante de las flores, de los prados, de los pájaros del cielo, de los insectos que el Señor crió para que se metieran por los agujeritos del suelo y por entre las grietas de las piedras.

Cuando algún mozuelo volvía hacia las casas con un nido en la mano, o con algún grillo metido en una lata, o con un par de saltamontes en el bolsillo de la blusa, huía siempre de don Homoboro, que, indefectiblemente, ordenaba volver la libertad al prisionero.

–¿Te gustaría que hicieran eso contigo? –les decía.

El argumento no tenía vuelta de hoja. A ninguna criatura le gustaría que hicieran con ella la mitad de las cosas que ella hace con los grillos. Sin embargo, don Homobono, como queriendo dar mayor fuerza a su razonamiento, añadía entre condescendiente y orgulloso:

–Pues ya ves. Si la madre Naturaleza quiere...

Don Homobono se quedaba como cortado. Era que se solazaba con la idea de lo que iba a decir.

–Pues si la madre Naturaleza quiere, hace lo mismo contigo.

Don Homobono sonreía satisfecho. El chiquillo lo miraba absorto. «Verdaderamente, don Homobono tiene razón –pensaba–. Lo mejor será soltar el grillo. ¡Mira que si a la madre Naturaleza se le ocurre!... No, más vale no pensar en ello.»

El grillo caía al suelo, levantaba al aire sus cortas antenas y corría a esconderse debajo de la primera mata.

Las noches de agosto son lentas y pesadas como losas, aun en aquella ciudad, estación veraniega.

Don Homobono, completamente desvelado, estaba nervioso.

¡Ese grillo!

El grillo, como si no fuera con él, seguía con su monótona canción, con aquella triste salmodia con la que ya llevaba tres horas largas.

–*¡Cri, cri!..., ¡cri, cri!..., ¡cri, cri!...*

Don Homobono, el filósofo rural de los pantalones de pana, estaba desazonado. Verdaderamente, la cosa no era para menos. El grillo seguía con su *¡cri, cri!* desesperadamente; con su *¡cri, cri!*, que contestaba al *¡cri, cri!* del grillo de la huerta, al *¡cri, cri!* del grillo de la carretera, al *¡cri, cri!* del grillo del vecino prado, al *¡cri, cri!...* ¡No imposible! ¡No se puede seguir así!

Don Homobono se levantó como una furia del Averno. Encendió la luz... Allí, en el medio de la habitación, estaba el grillo gritando estúpidamente *¡cri, cri!, ¡cri, cri!*, como si eso fuera muy divertido.

Al principio pareció como no darse cuenta. Después se paró, dijo un poco más bajito su *¡cri, cri!*, dio unos cortos pasitos...



Don Homobono, con la imagen del crimen reflejada en su faz, con la mirada ardiente, el ademán retador y una zapatilla en la mano, se olvidó de sus prédicas y...

El grillo, despanzurrado, parecía uno de esos trozos de medianoche que quedan tristes y abandonados en el suelo después de los bautizos.

♦ CLAUDIUS, PROFESOR DE IDIOMAS ♦

I

Me dio un vuelco el corazón cuando supe que Claudius, profesor de idiomas, era mi viejo y entrañable amigo de los meses de Rotterdam, Claudius van Vlardingenhohen, a quien yo en un tiempo tanto quise y admiré.

A Claudius lo conocí en Rotterdam, precisamente, el año 34, con motivo de una reunión de veterinarios a la que fui invitado por su presidente, M. Paul Antoine de L'Aparcerie, un bretón calvo y ventrudo, que era amigo de mi familia y había sido socio industrial de un tío mío en no sé qué contrabando por los campos del Miño.

Claudius estaba de permiso y se pasaba el día deambulando para arriba y para abajo, las manos en los bolsillos del abrigo y la cabeza descubierta. Recuerdo que la primera vez que lo vi, ensimismado y casi sonriente, fue en el puerto, mirando cómo descargaban unas cajas del «Monte Athos», un vapor griego, sucio y lleno de mataduras, que venía de Bremen. Yo hubiera jurado que era un profesor de Ética o de Literatura; no sé por qué, pero me parecía que sus noches deberían estar dedicadas al estudio y a la lucubración. Cuando me dijeron que era el verdugo de Batayia, en las Indias Neerlandesas, sacudió todo mi cuerpo una extraña sensación entre chasco, desilusión y sorpresa.

—¿Es ése?

—Sí, señor; pero es afable y dulce, ya verá usted. Por los españoles siente una gran admiración; yo le oí, hace ya años, una conferencia en La Sorbona y pude percatarme bien a las claras. La tituló..., no re-

cuerdo bien..., algo así como «Aportación al conocimiento de los espesores de la piel del cuello en la especie humana», y de ustedes hizo un cumplido elogio. Verá, venga, que se lo presente.

Su sonrisa era clara como una fuente, su bigote intentaba vanamente dar a su faz un aire misterioso, y sus ojos, de un azul purísimo, tenían un inefable aire de nostalgia; parecían ojos de un joven poeta marinero que hubieran quedado clavados, con su corazón, en cualquier punto de los lejanos mares del Sur.

—La vida, amigo mío —me dijo a renglón seguido de la presentación—, está toda ella rebosante de amargas decepciones.

—Cierto —le respondí sentenciosamente y no muy convencido.

—¡Y tan cierto! Ya ve usted, hace un rato yo me decía: «Claudius, si sabes de dónde viene este barco te compro medio kilo de salchichas», y me respondía por lo bajo: «De Liverpool». Pues ya ve usted, pregunto finamente a un marinero: «¿Verdad que vienen ustedes de Liverpool?», y me responde con sequedad «¡No! ¡De Bremen!» ¿usted cree que esto es justo?

—No.

—Naturalmente que no.

Claudius se quedó un instante parado mirando para el barco; su ademán era más misericordioso que solemne, más humilde y apabullado que retador y colérico.

—¿Ve usted aquel marinero de la camisa blanca que cojea un poco?

—Sí, señor.

—¡Pues ése fue!

—Es terrible.

—Ya lo creo. Pero no para ahí todo. Después de mi fracaso quise reivindicarme y me dije: «Claudius, si aciertas lo que va dentro de las cajas te compro medio kilo de salchichas.»

—¿Otro?

—No, señor; el mismo. Yo entonces murmuraba para mí: «Esas cajas llevan maquinaria agrícola». Pregunté y, efectivamente, las cajas no llevaban maquinaria agrícola; llevaban lavabos. Creí desesperar.

Claudius mostraba, todo él, un gran abatimiento. Yo traté de reanimarle.

—Amigo Claudius —le dije—, le regalo a usted medio kilo de salchichas.

—No —me respondió con los ojos llenos de lágrimas—, no puedo decir que sí. Tendría que ofrecerle algo mío a cambio, y usted no aceptará. Tendría al menos que acertar en algo, que complacerle en alguna cosa.

—Véngase usted conmigo.

—¿A dónde?

—A la sesión de esta tarde del Congreso de veterinarios.

—No puedo, amigo mío, y créame que lo siento; con gran dolor de mi corazón me veo obligado a decirle a usted que no puedo. Usted habrá podido observar que no le mentía cuando le aseguraba que la vida está toda ella...

—¡Llena de amargas decepciones!

—Exacto.

—¿Y a usted le violentaría mucho...?

—¿Acompañarle? ¡Espantosamente!

—¿Ni aun a cambio de medio kilo de salchichas?

—Ni aun así, amigo mío. Estuve una vez en el Congreso y creí morir. Yo, ¿sabe usted?, soy nacionalista, ferozmente nacionalista. Para mí no hay nada mejor, ni más bello, ni más grande que mi dulce país. Donde esté un buen queso holandés, que se quiten de en medio la muralla de China, o la raza de guerreros de la Marca de Brandeburgo, o las glorias de Napoleón Bonaparte o, ¡perdone usted! la catedral de Santiago de Compostela o las corridas de toros. Cuando empiezo a hablar de esto —dijo bajando la voz— no hay quien me pare; procuraré ser breve esta vez. Como le decía a usted, yo soy nacionalista. ¿Usted cree que hago mal?

—No señor; hace usted perfectamente.

—Eso creo yo. Pues bien: ese es el motivo. Yo no puedo ir al Congreso, porque enfermo. Yo no puedo tolerar que sobre la mesa de la presidencia se lea en aquella horrorosa pancarta y en cinco idiomas diferentes:

VETERINARIOS DE TODOS LOS PAÍSES,
¡UNÍOS!

Mi amigo Claudius estaba todo él iluminado como las cabezas de los santos en las estampitas.

—Creo honradamente —continuó— que a eso no hay derecho.

II

La segunda vez que lo vi fue en París, aquel mismo año. Me había refugiado en el hall del «Mont Thabor», a oír un poco de español, cuando sentí que me llamaban con unos golpecitos en la espalda

—¡Hola! ¿Cómo está usted? Yo soy Claudius, ¿no recuerda?, Claudius van Vlardingenhohen.

—¡Sí, hombre! ¿Cómo no voy a recordar? ¡Ya lo creo! ¿Y usted por aquí?

—Ya ve usted, a echar una canita al aire. ¡Rotterdam es tan aburrido!

—¿Pero usted... ha evolucionado?

—¡Ah, no! Entendámonos: decir que Rotterdam es aburrido no significa que sea malo.

—¡Ah, vamos!

—Significa que la vida es apacible, sencilla; una vida de hogar, dulce y patriarcal, hecha para el descanso de los armadores... uno aún es joven, ¡qué caramba!, uno aún está de buen ver. Aquí lo paso muy bien; esta es una ciudad maravillosa. Por algo se llama «La Ville Lumière», ¿no lo cree usted? Los bulevares son de ensueño; el «Bois de Boulogne» es encantador y el «Moulin Rouge», con sus aspas llenas de bombillas, y «Chez Maxim's»...

—¿Usted va mucho al «Moulin» y a «Chez Maxim's»?

—No; no he ido jamás. No me atrevo a entrar; me da la sensación de que todo el mundo se va a quedar mirando para mí. Pero los veo por fuera. ¡Son tan bonitos! Y Nôtre Dame es monumental, ¿no lo cree usted?

—Sí, sí.

—Y la Tour Eiffel. ¡Eso es un alarde de ingeniería, un verdadero alarde de ingeniería!

Se quedó un instante en silencio. Arrimó una butaca y se sentó.

—¡Oh, París, París! ¡Cómo enloqueces las mentes!

Claudius estaba sentimental. Lleno de entusiasmo como un escolar, parecía más que nunca un profesor de Ética o de Literatura; lo más que se podría sospechar de él es que fuera un profesor de Filosofía del Derecho.

—Yo aquí soy feliz —continuó—; siempre que puedo, hago una escapada a París. Me siento como el pez en el agua. Se nota un indudable sosiego en el espíritu deambulando, como un enamorado, por las orillas del Sena. ¡Se está tan bien apoyado sobre cualquier puente, viendo pasar las horas y las misteriosas aguas!

Le atajé en su camino.

—¿Usted ha leído mucha literatura francesa?

—¡Mucha; sí, señor! —me respondió con entusiasmo.

—¿A Baudelaire, ha leído usted?

—Sí, a Baudelaire; creo sinceramente que es genial.

—¿Y a Verlaine?

—También he leído a Verlaine, el único, el inimitable...

Hizo una leve pausa y continuó, casi pensativamente, dejando caer las palabras con una voz ronca y venenosa que me sobrecogió.

—Ese nombre trae a mi mente una serie de bellos y tremendos recuerdos... El ajenjo...

Le interrumpí.

—Habla usted como un poeta, amigo Claudius, como un verdadero poeta maldito.

—¿Lo dice usted de verdad?

—Absolutamente de verdad.

—¡Ah! ¡Es usted muy bueno! ¡España es un hermoso país!

El hombre quería corresponder y me piropeaba indirectamente; cada cual corresponde como mejor le parece, y esa fórmula, a Claudius, probablemente, le parecía inmejorable.

—¿Ha leído usted a Balzac?

—Sí; pero no me gusta; lo encuentro un poco pesado, un poco lento.

—Ya, ya le entiendo.

Mi amigo Claudius había arrimado otro poco su butaca y estaba ya casi encima de mí. Sus ojos le brillaban de gozo. Me miró y volvió súbitamente sobre sus palabras.

—España es un bello país; sí, señor. Se lo digo a todo el mundo.

—Muy galante.

—No; no es galantería, es verdad. Yo siempre lo digo, con ligeras variantes. Unas veces digo España, otras Serbia, otras Italia, otras Irlanda... La educación, amigo mío, ¡es algo tan olvidado por los hombres!

—Verdaderamente. ¿Y usted tiene muchos amigos españoles, serbios, irlandeses, italianos?

—¡Muchos, sí, señor! Tantos como he conocido. ¡Me agradecían todos de tal manera unas frases sobre sus lejanos países!

—Es que somos todo corazón, amigo Claudius; es que somos sentimentales incorregibles, ¿no lo cree usted?

—Hasta cierto punto, amigo mío. Yo creo que si ahondamos un poco, con lo que nos topamos es con que todos tenemos un denominador común; con que todos nos sentimos nacionalistas. Yo tenía un viejo proyecto...

—¡Siga, siga!

—No merece la pena, no tuvo éxito alguno... ¡Pero lo quise tanto!



Claudius tenía la mirada perdida en el vacío. Suspiró profundamente y continuó:

–En fin... ¡Dios lo ha querido!

–¿Y usted proyectaba?

–Yo proyectaba, ¡no se lo diga usted a nadie!, yo proyectaba un gran Congreso al que serían convocados todos los nacionalistas del mundo. Las sesiones tendrían lugar en Rotterdam, que es una hermosa ciudad. El idioma...

III

A los dos meses me lo volvía a encontrar por tercera vez. Cruzaba a toda prisa la plaza de la Concordia, saltando como un corzo, acosado por entre los taxis.

—¡Eh, Claudius!

—¡Adiós, adiós! ¡Voy con mucha prisa! ¡Voy a tomar el tren! ¡Vaya a verme; ya sabe: Binnenweg esquina a Crispynlaan! ¡Adiós!

—¡Pero hombre, pare usted!

—¡No puedo! ¡Voy a tomar el tren!

Mi amigo iba cargado con unos paquetes de libros y accionaba sólo con los codos.

—¡Voy a Rotterdam! ¡Adiós!

—¡Pero espere usted un momento, cuénteme algo!

Claudius pareció reaccionar y se paró a ocho o diez pasos para decirme:

—¿No perderé el tren?

—¡Hombre, no lo sé! Pero, después de todo, ¿qué más le da a usted perder el tren?

Como la faz del cielo cambia, en unos instantes tan sólo, en alta mar, cuando se navega ya por debajo del trópico, así cambió la faz de Claudius en aquella ocasión. Su rostro rubicundo recobró su habitual expresión; sus ojos se clarearon de nuevo y su bigote semejaba estar recién florecido.

—Me alegro de haberle visto, amigo mío —me dijo.

—¿Sí?

—Sí, iba preocupado. Esto de los trenes...

—¿Le da qué pensar?

—¡Espantosamente! Me paso el día echando cuentas. Las 17:50; bien, me pongo a calcular y digo: diecisiete menos doce, cinco; como cada hora tiene sesenta minutos, son las seis menos veinte. Yo ya me entiendo, pero lo malo es que casi siempre me equivoco.

—Ya veo. Pero no le dé usted importancia; véngase conmigo.

—¿Y el tren?

—¿A qué hora sale?

—A las 17:50.

—Aún tiene usted tiempo de sobra. Son ahora las 15:15.

—¿Qué son?

—Es fácil; las tres y cuarto.

A Claudius se le quitó un peso de encima.

—Si deja usted el viaje le invito a cenar en «Maxim's» —le dije.

Claudius tenía muchas ganas de quedarse. Se lo conocí en la única objeción que se le ocurrió hacerme.

—¡Es usted un demonio tentador! Pero, ¿y el billete?

—Acérquese un momento a la estación y véndaselo a cualquiera.

—¡Hombre, pues es verdad!

—Ande; yo le espero en la cervecería «Jo-Jo».

—No, no corre prisa, me iré con usted; mañana por la mañana con más calma...

—No; tiene que ser ahora. Mañana por la mañana...

Salió corriendo sin dejarme terminar. Iba muerto de risa. Desde lejos me gritó:

—¡Ya he caído! ¡Ya he caído! ¡Ja, ja, ja! ¡Ya he caído! ¡Ya he caído!

A mis pies quedaron dos paquetes de libros. En uno me encontré con las «Noches florentinas» de Heine, los «Pensamientos» y el «Werther» de Goethe, la «Ética» de Kierkegaard y la «Aurora» de Nietzsche; en el otro aparecieron las obras completas de Tagore en ocho tomos, edición inglesa. Cuando regresó de vender su billete, se los devolví.

IV

En enero del 36 me lo encontré en Londres. Lo llevaban detenido por haber intentado bañarse en el Canal de sir George Ducketts, a espaldas del Parque Victoria. Fui a la Embajada, hablé con un diputado de la oposición, pagué una multa de una libra y lo saqué a la calle.

—Ha tenido usted una mala ocurrencia; los ingleses no quieren admitir que a un extranjero se le ocurra una extravagancia.

—Sí, lo reconozco; he estado poco oportuno.

—Sí, muy poco.

Íbamos por la calle de la Escuadra abajo, camino del Puente de Waterloo. La Torre del Temple se recortaba confusa sobre la niebla del río.

—¡Tiempos aquellos! —exclamó.

—¿Cuáles?

—Los del apogeo. ¡Cuántas cosas podría contarnos esa Torre!

Un nimbo siniestro rodeaba el viejo edificio. Claudius se mostraba abatido.

—¡Pobre María Estuardo!

Yo me sentí solemne; no lo pude evitar.

—¡Descanse en paz!

Hacía frío y Londres estaba desapacible. Cruzamos el puente y nos metimos en una taberna de la calleja Tennyson. Una moza con cara de golfa se nos acercó:

—¿Qué quieren tomar?

Claudius la miró a los ojos.

—Tila.

La criada y yo clavamos la vista espantadamente en Claudius. Tardamos unos instantes en reaccionar.

—No tenemos, señor; no la pide nadie. ¿Es usted francés?

—No.

La criada me miraba con aire suplicante.

—¿Usted?

—Cerveza.

—¿Y su amigo? —me preguntó bajando la voz.

—Nada, déjelo usted; está impresionado con la Torre del Temple.

La muchacha se marchó y Claudius levantó los ojos de la mesa.

—Esa mujer me sobrecoge; vayámonos de aquí.

—Pero, hombre, estése usted quieto.

—No puedo, no puedo... ¡Y sin tila!... Cuando me reconozca intentará asesinarme.

—¿Le ha hecho usted algo?

—No, pero me parezco mucho a un novio que tuvo hace cosa de un par de años, en Valladolid. Se llama Gilberto Poch Schneider; su padre era catalán y su madre alemana. Él había nacido en Palencia. «Pura casualidad», solía decir. Sería una historia muy larga de contar.

La criada vino con mi bock, y Claudius volvió a dejar caer la mirada en la mesa, como distraídamente. Se le veía hacer inauditos esfuerzos por conservar la presencia de ánimo.

—¡Ah, John Keats —murmuraba por lo bajo—, que no me dijiste la oración para este caso!

Yo mandé a buscar un médico. Claudius debía estar muy malo. Su pulso estaba alterado y sus ojos denotaban la fiebre.

La criada nos miraba desde el mostrador y sonreía. Quizás se figurase que Claudius estaba borracho...

Cuando llegó el doctor Twopenny, del Asilo de Lunáticos, hubo hacia nosotros un espontáneo movimiento de simpatía en toda la taberna.

La taberna, como ya dije antes, estaba en la calle Tennyson.

Se llamaba «The Toothpick», que en castellano significa «El mondadientes». A su lado había otra que tenía un nombre más bonito, se llamaba «The White Wasp», «La avispa blanca».

V

Ahora me lo encontré en Madrid. Se me ocurrió aprender el alemán y busqué profesor. En la sección de anuncios por palabras de un diario de la mañana, vi uno que me pareció inteligente. Decía así: «Claudius, profesor de idiomas. Conversación a cambio de acompañar comidas.» Fui a la agencia; pregunté por el número 2.713 y me remitieron a una pensión de la calle de la Montera.

—¿El señor Claudius?

—Espere usted un momento, está acabando la clase de violín.

—¿Es también profesor de violín?

—No, señor; es alumno.

—¡Ah, ya!

Me senté en un viejo sofá que había en el pasillo. Al otro lado de la casa se oía un violín que interpretaba «Scherezada», de Rimsky, de una manera un tanto fría y desapasionada; peor, desde luego, que Fritz Kreisler, el amigo de la señorita Estrella, la vecina de patio de mi amigo Samuel Amor López, quien me contaba los solos de gramola que su vecina se dio hasta que unos hombres vestidos de huertanos de la vega de Valencia se la llevaron en una caja, escaleras abajo...

El vuelo de mi imaginación me lo cortó la presencia de Claudius.

—¡Hola! —me dijo secamente.

—Pero... ¿Usted?...

—Sí, amigo mío, ¿le extraña?

Me dio un vuelco el corazón en el pecho. No podía creer lo que estaba viendo.

—Pero...

—Sí, sí.

Los dos estuvimos a punto de llorar. Nos abrazamos y pasó sobre nosotros un largo rato de silencio.

—Nihil sub sole novum —me dijo.

—Por Dios, Claudius, no me hable usted así.

Volvimos de nuevo al silencio, un silencio tan embarazoso como consolador.

—Está usted un poco pálido, Claudius.

—Las preocupaciones, amigo; en Batavia, ¡debo tener tanto trabajo atrasado!

La patrona se interpuso entre los dos.

—Señor Claudius, ¿come usted lombarda?



♦ LA TIERRA DE PROMISIÓN ♦

I

Todos los piojos de Alvarito el loco tuvieron mucho que aprender de lo que voy a relatar, y aún hoy, a los seis meses, al cabo de tantas generaciones, corre el sucedido por las costuras de la camiseta de Alvarito, de boca en boca de los piojos, como una enseñanza que no conviene olvidar, como una historia que para los tiernos piojitos de mayo construyeron los vetustos piojos de diciembre.

Alvarito tenía muchos piojos. Tenía piojos en la gorra, pequeñitos y color de sangre; tenía piojos en la camisa y en la camiseta y en el calzoncillo, gordos y satisfechos y de color pardo. Los del calzoncillo, que eran guerreros, no se trataban con los de la camisa y la camiseta, que eran agricultores.

Los piojos del calzoncillo llevaban una vida azarosa y todos los días, cuando Alvarito se quitaba los pantalones, tenían ocasión de alardear de sus dotes estratégicas escapando a todo escapar a guarecerse en los más recónditos recovecos de la piel o de la ropa de Alvarito, no por miedo a éste, que era bueno y no les hacía daño, sino por miedo al frío, que los dejaban tiesecitos y duros como un grano de sal.

Los piojos de la camisa, en cambio, vivían tranquilos y apacibles, sin miedo al frío, porque —que se recuerde—, desde los lejanos tiempos de los primitivos colonizadores, Alvarito no se había quitado jamás la camisa.

II

—¡Ya le digo a usted que no tengo cama...! Las tres que tengo están ocupadas y hasta pasado mañana, por lo menos, no quedará ninguna vacía.

Pero como el señor Jacobo, el comerciante, no iba a dormir en medio de la calle, llegaron a un arreglo con Alvarito para que le dejase un pedacito de su cama.

III

Martínez era un piojo desarreglado y muy revolucionario. No encontraba de su gusto el pellejo de Alvarito y, lejos de conformarse, que era lo que la prudencia aconsejaba, estaba todo el día renegando y decía que no había Dios ni nada. A los piojitos jóvenes no les dejaban andar con Martínez, porque era un demagogo y un desagradecido, y ya sabemos todos lo propensa que es la juventud para dejarse minar por las teorías disolventes.

Martínez quería reglamentarlo todo. Quería que los piojos marchasen todos en la misma dirección; quería repartir las costuras con arreglo al principio de la autodeterminación; quería fiscalizar los cruzamientos para el rápido mejoramiento de su raza de guerreros.

IV

—¡La ocasión ha llegado, camaradas! ¡El señor Jacobo es un terreno virgen por explotar! ¡Es la tierra de promisión que ha llegado a nuestros alcances para que en ella nos asentemos y en ella organicemos, racionalmente, nuestra vida futura!

Martínez se secaba las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente.

—¡No hagáis caso de lo que os dicen esos carcamales del Senado! El agradecimiento... ¿qué es el agradecimiento?, ¿qué tenemos nosotros, piojos libres, que agradecer a ese agotado continente que es Alvarito?

V

Martínez se consolaba de no haber hecho ni un solo adepto con la satisfacción que sentía paseándose a sus anchas por la barriga del señor Jacobo.

—¡Éstos son horizontes! —decía—. ¡Preparémonos para empezar una nueva vida de regeneración!

Y se dejaba deslizar, como si estuviese patinando, por la tersa piel recién conquistada...

VI

El señor Jacobo era un ser de extrañas costumbres. No bien empezó Martínez a explorar el nuevo terreno, el señor Jacobo saltó de la cama y se puso en pie en medio de la habitación, completamente desnudo.

—¡Qué frío! —decía Martínez en voz alta, como para convencerse— ¡No se ha hecho el mundo para los débiles de espíritu! ¡Quien algo quiere... algo...!

No pudo acabar la frase porque la sangre se le heló en el corazón. Intentó agarrarse con sus patitas al suelo, pero el suelo era liso y resbaladizo y sus pasos no prendían. Quiso aconsejarse serenidad, pero temblaba como si tuviera fiebre.

Estaba sobre una inmensa losa, rosada como la piel, pero lisa como el cristal...

Martínez cerró los ojos. No quiso verse temblar en la hora final y prefirió esperar a que las dos uñas del señor Jacobo, el comerciante, que no iba a dormir en medio de la calle, se encontrasen sobre su cuerpo, esbelto y blanco —¡bien es verdad!—, pero impotente y flaco para oponerse a los designios de la Divina Providencia.

♦ EL VIOLÍN DE DON WALTER ♦

Había una vez, a lo mejor hace ya muchos años, muchísimos años, un viajero irlandés, comilón, andarín, bebedor y gordinflón, que se llamaba de nombre don Walter.

Don Walter poseía un humor excelente y todas las sabidurías antiguas. Don Walter conocía la ciencia de las estrellas, entendía el lenguaje de los pájaros, sabía tocar el violín y hablaba el español. Don Walter distinguía el chorizo de Burgos del chorizo de Pamplona, los vinos de dos cepas hermanas, los trigos de dos eras separadas tan sólo por un río, los atardeceres de dos días idénticos a una legua tan solo de camino. Don Walter tenía también unas ansias enormes de descubrir el mundo cada mañana.

Un día, un día cualquiera, llegó hasta la costa de Hendaya y le dijo a un barquero:

—¿Cuánto me llevas por pasarme hasta España?

Y el barquero le respondió:

—Dos pesetas, señor.

Don Walter miró el paisaje de alrededor, miró para el mar azul y las colinas verdes de la tierra, y añadió:

—Bien. Te daré cuatro pesetas si vas despacio, no llevo prisa ninguna, tengo toda una vida por delante.

El barquero soltó los remos y se puso a hablar con don Walter. Le contó historias de contrabandistas de Irún y de St. Jean de Luz, de alijeros de Fuenterrabía y de Urrugne y de Espelette, de marineros de Pasajes y de Capbreton.

Don Walter desembarcó en la playa de Fuenterrabía. Cogió su macuto, su bastón y su violín y entró en la ciudad. Aquel día hizo tres descubrimientos: la cocina del aceite de oliva, los niños más alegres, más triscadores, más anárquicos del mundo, y los mendigos como institución. Don Walter llevaba el ánimo dispuesto para rociar las cosas y las personas de ternura, de una infinita ternura.

Tiró por el camino —Fuenterrabía ya casi a las espaldas— y se encontró con un buhonero parlanchín y lleno de resignación.

—Aquí no se saca ni para la cama de la posada. ¿Adónde va usted?

—Voy a San Sebastián.

—Yo también. Haremos el viaje juntos.

El hombre de las baratijas llevaba un paso endiablado. Don Walter casi no podía seguirle. Pensó quedarse sentado en la cuneta, por donde corría un hilito de agua, echarse a dormir debajo de cualquier árbol del campo, pero una fuerza superior le hizo sacar energías de flaqueza, hacer de tripas corazón, y seguir dócilmente, casi con presteza, al primer amigo que la Providencia puso en su primer camino español.

Ya se veían, a distancia aún, las luces de San Sebastián.

Al llegar a la ciudad —la medianoche sonando en las campanas de los relojes de la calle, esos relojes que tanto acompañan, casi siempre, pero que, a veces, tanto desasosiegan—, don Walter y su compañero de etapa se fueron a dormir: una habitación abuhardillada, el hospedaje; dos camas sin hacer, el lecho acogedor, y un aguamanil de hojalata para lavarse la cara al día siguiente. En el fondo de la jofaina, una mosca nadaba, moribunda, en dos dedos de agua sucia. En el suelo, polvo, y en las paredes, mugre. Una conciencia optimista en un cuerpo rendido.

Don Walter durmió doce horas de un tirón.

Lo despertó su amigo —a la vuelta ya de una excursión sobre el asfalto, en pos de las criadas presumidas y de las señoritas con poco dinero—, que se había levantado varias horas atrás, con los gallos del alba.

—¡Arriba holgazán!

Don Walter inició, no más, una ligera protesta y se levantó. Los dos salieron a la calle.

El vendedor de cintas y de collares, de alfileritos de gruesa cabeza de vidrio de color, de perlas falsas y de culos de vaso engarzados en estaño, de pomadas para las bellas y azules y sonrosados y amarillos papelitos en los que se predice, ¡tan sólo por diez céntimos, señor!, el porvenir, enseñó a su amigo don Walter los Cafés de la ciudad.

—Acuérdate de éste; aquí podrás sacar un durito.

Más tarde, pensando en su marcha, en su caminar de cada día, y ahorrándole, queriéndole ahorrar a don Walter la soledad, el hombre le presentó al irlandés a un guitarrista gitano, el tío Lucas, un viejo bizco que se quejaba, casi sin decirlo, de la situación.

—A ver cómo te portas; es un amigo mío extranjero que no conoce el país y que quiere ganarse la vida tocando el violín.

El viejo casi ni levantó la cabeza.

—Poco puedo hacer... ¡Está todo tan revuelto!

El tío Lucas dejó caer sus palabras con mucha lentitud, diríase las últimas gotas de un grifo que se cierra.

—Ya ves, hoy no he podido ni tomarme una copa de aguardiente.

Lo decía con una amargura profunda, con una amargura de histrión antiguo.

Don Walter pidió aguardiente, tres copitas de aguardiente.

El tío Lucas sonrió. El trato estaba abierto.

Don Walter se tomó una copa e hizo memoria. Sí, se acordaba de algunas palabras de caló.

—Tío Lucas, tenemos que ser amigos, yo también soy cañí, es de ley que me ayudes.

El tío Lucas se atragantó.

—¡Chavó! ¿Que tú eres romí? ¡Cualquiera te diría gitano con esa cara de payo!

Don Walter y el tío Lucas se dieron la mano. De romí a romí no había recelo. El trato estaba cerrado.

Con la noche, los dos amigos cayeron sobre las terrazas de los Cafés. El viejo de los ojos bizcos organizaba la expedición: él sabía las esquinas estratégicas, él sonreía a la gente mientras pasaba la gorra, él hacía una seña casi imperceptible a don Walter. Don Walter, obediente, se dejaba llevar...

Aquella noche —la primera noche en que su violín sonó en España— don Walter tocó en todas las encrucijadas de San Sebastián.

—Hoy te corresponde todo —le dijo el gitano a la hora de la retirada—; desde mañana iremos a medias.

Sobre el San Sebastián de la madrugada, llegaba a los oídos de don Walter el lejano murmullo del rompeolas.





♦ UN NIÑO PIENSA ♦

Da gusto estar metido en la cama, cuando ya es de día. Las rendijas del balcón brillan como si fueran de plata, de fría plata, tan fría como el hierro de la verja o como el chorro del grifo, pero en la cama se está caliente, todo muy tapado, a veces hasta la cabeza también. En la habitación hay ya un poco de luz y las cosas se ven bien, con todo detalle, mejor aún que en pleno día, porque la vista está acostumbrada a la penumbra, que es igual todas las mañanas, durante media hora; la ropa está doblada sobre el respaldo de la silla; la cartera –con los libros, la regla y la aplastada cajita de cigarrillos donde se guardan los lápices, las plumas y la goma de borrar– está colgada de los dos palitos que salen de encima de la silla, como si fueran dos hombres; el abrigo está echado a los pies de la cama, bien estirado, para taparle a uno mejor. Las mangas del abrigo adoptan caprichosas posturas y, a veces, parecen los brazos de un fantasma muerto encima de la cama a quien hubiera matado la luz del día al sorprenderle distraído, mirando para nuestro sueño... Se ve también el vaso de agua que queda siempre sobre la mesa de noche, por si me despierto; es alto y está sobre un platito que tiene dibujos azules; en el fondo se ve como un dedo de azúcar que ha perdido ya casi todo su blanco color. Si se le agita, el azúcar empieza a subir como si no pesase, como si le atrajese un imán... Entonces, uno ladea la cabeza, para verlo mejor, y del borde del vaso sale un destello con todos los colores del arco iris que brilla, unas veces más, otras veces menos, como si fuera un faro; es el mismo todas las mañanas, pero yo no me canso nunca de mirarlo. Si un pintor pintase un vaso con agua hasta la mitad y un reflejo redondo en el borde con todos los colores, un reflejo que parece una luz y que saliese del cristal como si realmente fuera algo que pudiésemos coger con la mano, estoy seguro de que nadie le creería.

Volvemos a dejar caer la cabeza sobre la almohada y tiramos del abrigo hacia arriba; notamos fresco en los pies, pero no nos apura, ya sabemos lo que es; sacamos un pie por abajo y nos ponemos a mirar para él. Es gracioso pensar en los pies; los pies son feos y mirándolos detenidamente tienen una forma tan rara que no se parecen a nada; miro para el dedo gordo, pienso en él y lo muevo; miro entonces para el de al lado, pienso en él, y no lo puedo mover. Hago un esfuerzo, pero sigo sin poderlo mover; me pongo nervioso y me da risa. Los cuatro dedos pequeños hay que moverlos al mismo tiempo, como si estuvieran pegados con goma; los dedos de la mano, en cambio, se mueven cada uno por su cuenta. Si no, no se podría tocar el piano, la cosa es clara; en cambio, con los pies no se toca el piano; se juega al fútbol y para jugar al fútbol no hay que mover los dedos para nada... Entonces desearía ardientemente estar ya en el recreo jugando al fútbol; miro otra vez para el pie y ya no me parece tan raro. A lo mejor, con este pie, saco de apuros al equipo, cuando el partido está en lo más emocionante y se ve al P. Ortiz que cruza el patio para tocar la campana. Después en la clase, todos me mirarían agradecidos. ¡Ah! Pero, a veces, ese pie no me sirve para nada; me cogerán hablando y me ponen debajo de la campana, mirando para la pared; la pared es de cal y con el pie me entretengo en irle quitando pedazos, poco a poco. Pero eso tampoco es divertido...

Vuelvo a tapar el pie, rápidamente; de buena gana me pondría a llorar...

Pienso: a las botas les pasa como a las violetas o a las hortensias azules... Es curioso: se van a dormir al *office* porque nadie se atreve a dejarlas de noche dentro de la habitación... Cuando pienso unos instantes en las violetas me invaden unas violentas ganas de llorar. Después lloro, lloro con avidez unos minutos, y llego a sentirme tan feliz al ser desgraciado que de buena gana me pasaría la vida en la cama, sin ir al colegio, sin salir a jugar a ningún lado, sólo llorando, llorando sin descanso...

Me disgusta no ser constante, pero cuando lloro por las mañanas, acabo siempre por quedarme dormido. Duermo no sé cuánto tiempo, pero cuando me despierta mi madre, que es rubia y que tiene los ojos azules y que es, sin duda alguna, la mujer más hermosa que existe, el sol está ya muy alto, inundándolo todo con su luz.

Me despierta con cuidado, pasándome una mano por la frente como para quitarme los pelos de la cara. Yo me voy dando cuenta poco a poco, pero no abro los ojos; me cuesta mucho trabajo no sonreír... Me dejo acariciar, durante un rato, y después le beso la mano; me gusta mucho la sortija que tiene con dos brillantes. Después me siento en la cama de golpe, y los dos nos echamos a reír. Soy tan feliz...

Me visten y después viene lo peor. Me llevan de la mano al cuarto de baño; yo voy tan preocupado que no puedo pensar en nada. Mi madre se quita la sortija para no hacerme daño y la pone en el estantito de cristal donde están los cepillos de los dientes y las cosas de afeitarse de mi padre; después me sube a una silla, abre el grifo y empieza a frotarme la cara como si no me hubiera lavado en un mes. ¡Es horrible! Yo grito, pego patadas a la silla, lloro sin ganas, pero con una rabia terrible, me defiendo como puedo... Es inútil; mi madre tiene una fuerza enorme. Después, cuando me seca, con una toalla que está caliente que da gusto, me sonríe y me dice que debiera darme vergüenza dar esos gritos; entonces nos damos otro beso.

Si el desayuno está muy frío, me lo calientan otra vez; si está muy caliente, me lo enfrían cambiándolo de taza muchas veces...

Después me ponen la boina y el impermeable. Mi madre me besa de nuevo porque ya no me volverá a ver hasta la hora de la comida.

♦ PEQUEÑA PARÁBOLA DE «CHINDO» PERRO DE CIEGO ♦

«Chindo» es un perrillo de sangre ruin y de nobles sentimientos. Es rabón y tiene la piel sin lustre, corta la alzada, flácidas las orejas. «Chindo» no tiene raza. «Chindo» es un perro hospiciano y sentimental, arbitrario y cariñoso, pícaro a la fuerza, errabundo y amable, como los grises gorriones de la ciudad. «Chindo» tiene el aire, entre alegre e inconsciente, de los niños pobres, de los niños que vagan sin rumbo fijo, mirando para el suelo en busca de la peseta que alguien, seguramente, habrá perdido ya.

«Chindo», como todas las criaturas del Señor, vive de lo que cae del cielo, que a veces es un mendrugo de pan, en ocasiones una piltrafa de carne, de cuando en cuando un olvidado resto de salchichón, y siempre, gracias a Dios, una sonrisa que sólo «Chindo» ve.

«Chindo», con la conciencia tranquila y el mirar adolescente, es perro entendido en hombres ciegos, sabio en las artes difíciles del lazarillo, compañero leal en la desgracia y en la obscuridad, en las tinieblas y en el andar sin fin, sin objeto y con resignación.

El primer amo de «Chindo», siendo «Chindo» un cachorro, fue un coplero barbudo y sin ojos, andariego y decidor, que se llamaba Josep, y era, según decía, del caserío de Soley Avall, en San Juan de las Abadesas y a orillas de un río Ter niño todavía.

Josep, con su porte de capitán en desgracia, se pasó la vida cantando por el Ampurdán y la Cerdaña, con su voz de barítono montaraz, un romance andarín que empezaba diciendo:

Si t'agrada córrer mon,
algun dia, sense pressa,
emprèn la llarga travessa
de Ribes a Camprodon,
passant per Caralps i Núria,
per Nou Creus, per Ull de Ter
i Setcases, el primer
llogarret de la planúria.

«Chindo», al lado de Josep, conoció el mundo de las montañas y del agua que cae rodando por las peñas abajo, rugidora como el diablo preso de las zarzas y fría como la mano de las vírgenes muertas. «Chindo», sin apartarse de su amo mendigo y trotamundos, supo del sol y de la lluvia, aprendió el canto de las alondras y del minúsculo aguzanieves, se instruyó en las artes del verso y de la orientación, y vivió feliz durante toda su juventud.

Pero un día... Como en fábulas desgraciadas, un día Josep, que era ya muy viejo, se quedó dormido y ya no se despertó más. Fue en la *Font de Sant Gil*, la que está *sota un capelló gentil*.

«Chindo» aulló con el dolor de los perros sin amo ciego a quien guardar, y los montes le devolvieron su frío y desconsolado aullido. A la mañana siguiente, unos hombres se llevaron el cadáver de Josep encima de un burro manso y de color ceniza, y «Chindo», a quien nadie miró, lloró su soledad en medio del campo, la historia —la eterna historia de los dos amigos Josep y «Chindo»— a sus espaldas y por delante, como en la mar abierta, un camino ancho y misterioso.

¿Cuanto tiempo vagó «Chindo», el perro solitario, desde la Seo a Figueras, sin amo a quien servir, ni amigo a quien escuchar, ni ciego a quien pasar los puentes como un ángel? «Chindo» contaba el tránsito de las estaciones en el reloj de los árboles y se veía envejecer —¡once años ya!— sin que Dios le diese la compañía que buscaba.

Probó a vivir entre los hombres con ojos en la cara, pero pronto adivinó que los hombres con ojos en la cara miraban de través, siniestramente, y no tenían sosiego en el mirar del alma. Probó a deambular, como un perro atorrante y sin principios, por las plazuelas y por las callejas de los pueblos grandes —de los pueblos con un registrador, dos boticarios y siete carnicerías— y al paso vio que, en los pueblos grandes, cien perros se disputaban a dentelladas el desmedrado hueso de la caridad. Probó a echarse al monte, como un bandolero de los tiempos antiguos, como un José María el Tempranillo, a pie y en forma de perro, pero el monte le acuñó en su miedo, la primera noche, y lo devolvió al caserío con los sustos pegados al espinazo, como caricias que no se olvidan.

«Chindo», con gazuza y sin consuelo, se sentó al borde del camino a esperar que la marcha del mundo lo empujase adonde quisiera, y, como estaba cansado, se quedó dormido al pie de un majuelo lleno de bolitas rojas y brillantes como si fueran cuentas de cristal.

Por un sendero pintado de color azul bajaban tres niñas ciegas con la cabeza adornada con la pálida flor del peral. Una niña se llamaba María, la otra Nuria y la otra Montserrat. Como era el verano y el sol templaba el aire de respirar, las niñas ciegas vestían trajes de seda, muy endomingados, y cantaban canciones con una vocecilla amable y de cascabel.

«Chindo», en cuanto las vio venir, quiso despertarse, para decirles:

—Gentiles señoritas, ¿quieren que vaya con ustedes para enseñarles dónde hay un escalón, o dónde empieza el río, o dónde está la flor





que adornará sus cabezas? Me llamo «Chindo», estoy sin trabajo y, a cambio de mis artes, no pido más que un poco de conversación.

«Chindo» hubiera hablado como un poeta de la Edad Media. Pero «Chindo» sintió un frío repentino. Las tres niñas ciegas que bajaban por un sendero pintado de azul se fueron borrando tras una nube que cubría toda la tierra.

«Chindo» ya no sintió frío. Creyó volar, como un leve vilano, y oyó una voz amiga que cantaba:

Si t'agrada córrer món,
algun dia, sense pressa...

«Chindo», el perrillo de sangr e ruin y de nobles sentimientos, estaba muerto al pie del majuelo de rojas y brillantes bolitas que parecían de cristal.

Alguien oyó sonar por el cielo las ingenuas trompetas de los ángeles más jóvenes.

♦ ÍNDICE ♦